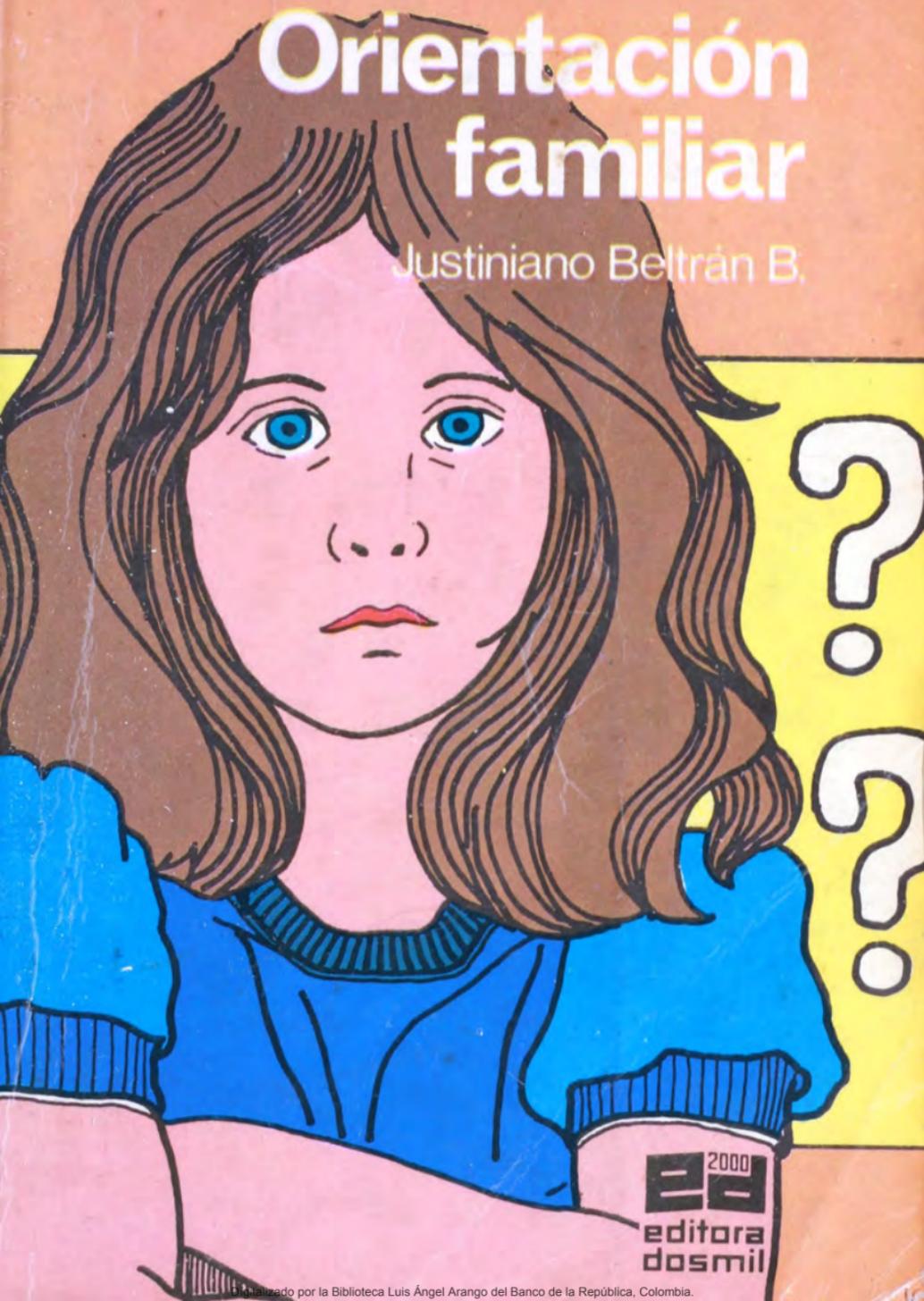


Orientación familiar

Justiniano Beltrán B.



2000
ed
editora
dosmil

B3

IF 1

95

E

306.85

B350

47



Orientación familiar

grupo B

Justiniano Beltrán Beltrán

Primera Edición

ACCION CULTURAL POPULAR

Colección, Verdad

Nº 6

mpx

Mar 5/43

Carátula: JAIME RAMIREZ
Ilustraciones: MARINA DUQUE



Ediciones

● JUSTINIANO BELTRAN BELTRAN

SE HIZO EL DEPOSITO LEGAL. DERECHOS RESERVADOS.

IMPRESO EN COLOMBIA

PRINTED IN COLOMBIA

Se terminó de imprimir este libro en los talleres de Editorial Andes, en el mes de octubre de 1978.

ISBN: 84-8275-023-2.

 2000
**editora
dosmil**

A. 1383844

Carrera 39 A N° 15-11, Tel. 2 69 48 00 - Bogotá - Colombia.

CONTENIDO

Págs.

Introducción	5
--------------------	---

CAPITULO PRIMERO

LA FAMILIA, PRIMERA ESCUELA DEL NIÑO	7
Los padres, primeros educadores de sus hijos	8
¿Cómo educar?	11
Ejemplo de amor	14
Ejemplo de responsabilidad	17

CAPITULO SEGUNDO

EL AMOR EN EL HOGAR	25
Vínculo de unión	28
Tarea de padres e hijos	29
Conocerse uno y conocer al otro	32
Amor entre los padres	36
Amor entre padres e hijos	40
Amor entre hermanos	43

CAPITULO TERCERO

ENEMIGOS DEL AMOR	47
El amor integra, el odio desintegra	48
La indiferencia mata	50
Donde hay amor, no hay engaño	51
Otro enemigo: el egoísmo	52

CAPITULO CUARTO

COMO FOMENTAR EL AMOR	56
Fidelidad entre los esposos	57
De padres a hijos	61
De hijos a padres	63
Entre hermanos	66
Los detalles	69

CAPITULO QUINTO

IMPORTANCIA Y NECESIDAD DEL DIALOGO	73
Ir desarmados	75
El diálogo nos enriquece	78
Frutos del diálogo	80
El diálogo, elemento integrador	83
Sugerencias para el diálogo	87

CAPITULO SEXTO

DE LAS PALABROTAS Y ALGO MAS	89
Las palabrotas	91
El buen trato	94
El autoritarismo	97
MI hija espera un hijo	101
El arte de despellejar al prójimo	104
Nunca el desprecio	102

CAPITULO SEPTIMO

EL HOGAR, OASIS DE PAZ	110
La sobremesa	116
Quejas y castigos	118
Preparar futuros hogares	124

INTRODUCCION

Soy un ferviente admirador de los hogares en donde reina la paz. En donde todos se aman y, por lo tanto, se comprenden. En donde los problemas se solucionan hablando amigablemente, dialogando, respetándose todos como personas y respetando las ideas de cada cual. En donde hay armonía.

La sociedad depende de la familia; por eso se ha dicho que la familia es la cuna de la sociedad. Si queremos, pues, una sociedad en armonía y paz, tenemos que hacer todo lo posible para que los hogares vivan en armonía y paz. En amor. Es la mejor riqueza a que se pueda aspirar, y que no se acaba, como se acaban los bienes materiales, el dinero, el lujo.

No me he propuesto tratar cosas profundas, sino muy sencillas y dichas con sencillez, como de amigo a amigos. Todo lo dicho aquí es fruto de experiencias propias y ajenas; por eso el lector casi no encontrará citas de autores, sino ejemplos que no son fruto de invención, sino de consultas. Son todos casos reales contados sin nombres propios.

1 Hoy en día está de moda el divorcio, es decir, la permisión de casarse, descasarse, volverse a casar. Como un puro

juego. Se dice que es mejor la separación que tener que vivir con una persona a quien no se ama y con quien siempre se está de pelea. De ahí que se pretenda cambiar de marido o de mujer como se cambia de camisa; es decir, no se toma en serio el matrimonio.

Las consecuencias son funestas para la sociedad: disuelta la familia, vendrá el desbarajuste de la sociedad. Y es de lo que todos nos estamos quejando. Por eso, cualquier cosa que hagamos en beneficio del hogar será poco, y vale la pena esforzarnos por la formación de los hogares sin distinción de colores políticos, razas o credos religiosos. Si estas sencillas consideraciones contribuyen para que en los hogares reine la paz, la armonía y el amor, me doy por bien pagado.

Justiniano Beltrán

CAPITULO I

La familia, primera escuela del niño

Los hombres, en nuestro crecimiento y desarrollo, nos parecemos a los árboles. Sobre todo a los grandes árboles. El árbol crece siempre hacia arriba, derecho, sin curvas. Pero si en sus primeros años de vida encuentra algún obstáculo en su perfecto desarrollo, queda con curvas. Y esas curvas ya no se le quitan nunca.

Algo así les sucede a las personas. Si uno, de niño, no ha tenido una buena formación, queda con resabios para toda la vida. Las consecuencias de la falta de formación en la niñez y adolescencia pueden ser graves o menos graves, según las circunstancias. Pero lo que sí es seguro es que la mayoría de las fallas del adulto tienen sus raíces en la niñez. De igual manera, la firmeza de carácter y de voluntad, la honradez, la madurez psicológica y todo aquello que hace al hombre de bien, dependen también de la buena formación recibida en los primeros años. Por eso se ha dicho, y con sobrada razón, que el hogar es la primera escuela del niño.

“Si admitimos con los expertos —dice el pedagogo Ernesto Meneses— que en la infancia y en la niñez se echan los cimientos de las actitudes y sentimientos acerca de uno

mismo y de los demás, es preciso concluir que la forma más sólida de evitar la desintegración familiar es la educación sensata de los niños de modo que no haya ni blandura excesiva de parte de los padres que procuran darles todo lo que piden, ni tampoco estrechez demasiada que los ahogue, y les imponga cargas más pesadas que las que pueden llevar. Las circunstancias peculiares de la vida moderna obligan a delegar casi toda la obra de la educación en la madre, y eso es pernicioso en extremo para los niños los cuales necesitan un papá y una mamá y no solo una mamá y un proveedor. A los varoncitos, sobre todo les hace falta un modelo masculino con el cual identificarse, y del cual copiar las características propias de su sexo”.

“Dentro de la educación general —añade— es necesario señalar de modo especial la educación sexual que implica la formación de actitudes sanas y la comunicación de conocimientos adecuados acerca del sexo. Algunos autores señalan la educación adecuada del sexo como factor importante en la adaptación familiar. Si en la familia el sexo es tabú. Si se le menciona sólo para denigrarlo como sucio y animal, es imposible que los niños que reciben tal desorientación sistemática desempeñen después debidamente sus papeles como esposos o padres. Las investigaciones realizadas indican que el efecto de una iniciación torcida es más nocivo en las niñas”.

Los padres, primeros educadores de sus hijos

Si el hogar es la primera escuela del niño, lógicamente los padres deben ser los primeros e insustituibles educadores. Es una tarea, o mejor una misión, que no se puede delegar totalmente. Lo que el niño aprende del padre o de la madre, recibido de sus labios o de su ejemplo, no lo olvidará jamás. Sea bueno o malo.

Se cuenta de un asesino que, en Francia, fue condenado a muerte en el siglo pasado. Cuando subió al cadalso para ser ajusticiado, exclamó: "No los culpo a ustedes, jueces, por haberme condenado; ni a usted, verdugo, por darme muerte; los culpo a ellos (dijo señalando a sus padres, allí presentes) por no haberme corregido cuando yo era niño".

He tenido ocasión de hablar con famosos asesinos, dentro y fuera de la cárcel. También conversé durante toda una tarde con jóvenes y adultos drogadictos que se encontraban en los Hogares CREA de Puerto Rico, en vía de regeneración. Pues bien, no he encontrado ni siquiera un solo caso en el que el origen del mal no se encuentre en la niñez y, por lo tanto, en el hogar.

Pero sin ir tan lejos, cualquiera puede comprobar lo mismo haciendo amistad con alguno de nuestros gaminos. Ellos le dirán a usted por qué están en la calle; por qué prefieren la calle al hogar, cuando tienen hogar. Porque las más de las veces los gaminos son así porque no conocieron hogar: les faltó el calor de la familia y la educación que solo allí se puede recibir.

Es cierto que hay instituciones benéficas en donde el niño abandonado encuentra un hogar. Es un hogar, pero no el suyo. Cuando crecen y se hacen adultos, conservan gran cariño y gratitud para con quienes les hicieron de padres. Les sucede lo mismo a los hijos adoptivos. Todos ellos conservan en lo íntimo de su ser un problema psicológico que ni el psiquiatra ni el psicólogo les puede solucionar.

Por eso he dicho que los padres son no solamente los primeros educadores de sus hijos, sino también que son insustituibles. Conozco casos, y ustedes conocerán también muchos, de hijos adoptivos a quienes se les ha brindado todo el amor posible, sobre todo cuando se encuentran en hogares en donde no ha habido hijos.



Lo tienen todo: amor, techo, vestido, educación esmerada. Nada les falta. Sus papás son una maravilla. Pero no son sus papás. He aquí el problema. Y es que a los padres no los puede remplazar nadie.

Una niña fue llevada a un hogar sin hijos a las dos horas de nacida. Creció feliz sus primeros años. Cuando, ya grandecita, supo que sus padres no eran sus padres, comenzó a sufrir. Sin que nadie lo advirtiera. Pasaron los años, estudió, llegó a ser profesional, especializada nada menos que en psicología, y en Europa. No le faltó nunca nada. Aparentemente y ante los ojos de todos, era una persona afortunada y hasta envidiada por muchos. Y, sin embargo, ella me confió una vez: "Nadie sabe lo que yo sufro". Todos la creían afortunada, feliz. Pero en su vida hay una curva. Y no se podrá enderezar ya: le faltó su propio hogar, su verdadero papá y su verdadera mamá.

Y si esto sucede cuando el niño encuentra un hogar, lleno de calor y afecto, ¿qué puede esperarse de los que no lo tienen? El mundo de la droga, del crimen y del vicio está poblado de seres que no tuvieron un hogar, o que tuvieron hogares pero sin educadores. Que es lo mismo que no tener.

¿Cómo educar?

La misión de educar a los hijos es difícil, porque requiere muchos conocimientos y un alto grado de responsabilidad personal. ¿Cómo, en efecto, se puede educar, formar, hacer crecer derecho hacia arriba, si uno está lleno de curvas? Peor todavía si se carece de responsabilidad. A menudo se oye decir a ciertos padres: "Yo educo así, porque así me educaron a mí". Y no se dan cuenta de que en realidad no están educando, sino deseducando. Y el que ellos no hayan recibido educación, no los justifica para no darla. Por eso la tarea es difícil, porque nos encontramos casi en un círculo

vicioso. Pero, de todos modos, hay que tratar de salir de él, y ojalá que este libro sirva al menos para hacer caer en cuenta de una realidad innegable: **los padres son los primeros e insustituibles educadores de sus hijos.**

¿Cómo lograrlo? Aunque el cumplimiento de la misión educadora sea difícil, los padres no deben perder el ánimo, porque tienen en su favor la facilidad de comprender a sus hijos más que nadie. Dice Günter Clauser: "Los padres son ya los mejores pedagogos por el mero hecho de que, existiendo un parecido de afinidad, de cuerpo y espíritu, pueden comprender mucho mejor a su hijo. Existe una relación natural de asistencia materna y de protección paterna. Es en la atmósfera familiar de amorosa seguridad en donde un ser humano puede criarse de la mejor manera. El hogar, lo mismo que la escuela y la Iglesia, no son, sin embargo, más que un marco exterior, en donde se desarrollará la educación propiamente dicha. Así como los maestros de la escuela y los sacerdotes de la Iglesia enseñan e instruyen, los padres tienen que transmitir experiencias y favorecer la formación humana".

Hay, pues, mucha diferencia entre lo que los maestros y profesores dan a los niños y jóvenes, y lo que les deben dar sus padres. Los primeros dan instrucción, los segundos educación. Y educación es la formación de un hombre por medio de otro o de sí mismo, como reza el diccionario. Dice Günter al respecto: "El niño debe incorporarse armónicamente en la sociedad mediante el desarrollo constante de su personalidad hasta alcanzar la plena madurez. En pocas palabras, el pedagogo debe familiarizar al niño de tal manera con la realidad, que más tarde, como adulto, sea capaz de enfrentarse con la vida". Y de enfrentarse bien, porque, al fin y al cabo, todos tenemos que enfrentarnos con la vida.

Teniendo en cuenta que educar significa formar para la vida, yo creo que la mejor manera de educar es la de dar

buen ejemplo. De poco valén las palabras, los consejos, recomendaciones y sermones diarios, si con el ejemplo se está enseñando todo lo contrario.

Casos hay de padres, respetuosos del precepto dominical de asistir a la santa misa, que, cumplidamente, mandan a sus hijos a misa, mientras ellos se quedan acostados todo el día. Con una mano destruyen lo que hacen con la otra. Sucede igual cuando los padres les dicen a los hijos que deben vivir en armonía, amándose y ayudándose en vez de estar peleando continuamente, y al mismo tiempo se la pasan ellos riñéndose entre sí y delante de los hijos.

Una vez un padre de familia reprochaba a los hijos un mal proceder, cuando una de las hijas saltó con esta frase: "Lo que se hereda, no se hurta". Hizo, lógicamente, muy mal, porque los padres merecen todo el respeto por parte de los hijos. Pero dijo una gran verdad: lo que se hereda, no se hurta. En otras palabras, era como decir: "si tú eres así, ¿cómo quieres que seamos distintos?". Los padres, pues, deben ser el mejor modelo de sus hijos. Los niños y los jóvenes, en efecto, tienen una especie de instinto de imitación. Y esto es lo que a menudo ignoran los padres de familia.

Para el niño su padre es un ser perfecto, casi un superhombre. Y lo mismo le sucede a la niña con su madre. Cuando son ya más grandecitos comienzan a descubrir los defectos de los padres, pero, de todos modos, los siguen; los imitan, y se quedan maravillados cuando obrando, como ellos obran, reciben castigos en vez de premios. Y tratan de excusar sus propios yerros en el ejemplo recibido. "Lo mismo que nuestra imagen y nuestra voz —dice el autor citado—, tenemos que aceptar también la conducta y el comportamiento de nuestros hijos como nuestra viva imagen, como parte de nuestro propio 'yo', aunque no nos plazca. No

cabe duda de que se nos hace difícil reconocer que nuestra propia conducta es discutible y no es tampoco fácil llegar a ser un buen guía con plena conciencia. Esta es, sin embargo, la mejor forma de educar a los hijos”.

Ejemplo de amor

Lo que se aprende en el hogar, no se olvida nunca. Y eso que se aprende puede ser negativo o formativo en la vida de toda persona. De ahí que en la misión formativa que tienen los padres, como primeros e insustituibles educadores de los hijos, deban hacer todos los esfuerzos posibles para que sus educandos (los hijos) conserven recuerdos gratos y positivos.

Y nada más positivo ni grato en la vida que el recuerdo del amor que sus padres se tenían entre sí. Es uno de los mejores ejemplos que se les puede dar.

Una de las razones por las cuales los hijos abandonan el hogar tan pronto pueden, son las peleas de los padres. Ellos sufren cuando ven que el padre insulta a la madre, o le pega. Una joven me decía una vez que ella no se casaría nunca por el temor de tener un marido como su padre. Y se trataba de un padre que les tenía todo a los hijos: los mejores colegios, vestidos, alimentación, buena residencia. “¿Pero para qué nos sirve todo esto? Más le agradeceríamos a mi papá que tratara mejor a mi mamá”, añadía la muchacha. Y tenía toda la razón. Los hijos agradecen y aprecian más el amor que los padres se tienen entre sí que cualquier otra cosa.

Es natural que en la vida conyugal surjan algunos problemas. Es, digamos, casi inevitable. Sin embargo, los padres, como insustituibles educadores, deben tener presente la siguiente regla de oro: **¡Nunca discutir ni pelear delante de los hijos!**

Ni deben pensar que por la edad ellos no se dan cuenta. ¡Sí que se dan cuenta! Una pareja de jóvenes esposos se disgustaron una vez, y como consecuencia el esposo salió de la casa sin despedirse de la esposa. La niña, de apenas cinco años, le dijo ese día a su abuela, con su hablado a media-lengua: "Mi papito y mi mamita están peleando, porque esta mañana no se despidieron bien". A los niños nada se les escapa. Y sufren cuando ven que entre sus padres no hay armonía.

En cambio, personas ya maduras que han formado sus propios hogares hablan con orgullo del amor que vieron siempre en sus padres: "¡Nunca los vimos pelearse! ¡Se amaron siempre como dos novios enamorados. Nunca le oímos a papá una palabra descortés contra mi mamá!".

"Los papás —dice el pedagogo Ernesto Meneses— enseñan a amar con su propio ejemplo. El amor de los padres permite a los hijos crecer, desarrollarse y expandir sus cualidades. Porque el amor no nace ni crece al acaso. Se aprende, y necesita un ambiente apropiado para llegar a sazón, y este ambiente es el amor de los padres hacia el hijo y de estos entre sí. Cuando el niño carece de esta atmósfera benéfica, se marchita y se convierte en un manojito de espinas a no ser que algún recurso propio lo proteja en contra del ambiente insalubre.

"Cuando consideramos la educación de los hijos, volvemos siempre a la misma conclusión: el hogar es la escuela donde se aprende la ciencia de la vida; donde se aprende a odiar, a aceptarse o rechazarse. El amor es el fundamento de la salud mental. La varita mágica que conjura la maldición del desprecio propio. El amor se aprende en el hogar. El niño no nace con un amor congénito a sus padres. Estos se hacen amar, y él aprende a amar, imitando el amor que los padres se tienen a sí mismos. Allí aprende si el amor es



un mero compañerismo, o la forma de obtener ventajas personales o de dominar. Los papás comprensivos y cariñosos permiten al niño indefenso adquirir la noción de la bondad propia la cual le permite controlar las propias tendencias desordenadas”.

Ejemplo de responsabilidad

Tal vez los padres no tengan nunca que recomendarles a los hijos el espíritu de responsabilidad, si siempre se lo estaban diciendo con el ejemplo. Las palabras sobran. Los ejemplos arrastran.

¿Con qué derecho y con qué autoridad moral puede un padre reprochar a su hijo adolescente por haberse embriagado, si a él de continuo lo ven sus hijos borracho? Me confiaba una vez un joven que tenía una madurez de adulto: “Todo se lo debo a mi padre: era cumplidor de su deber, honrado en su trabajo y correcto en sus negocios. Nunca engañó a nadie, nunca lo vimos embriagado, nunca nos levantó la voz. Fue un perfecto hombre, y por eso yo quiero ser como él”.

A este muchacho nadie ha tenido que llamarle la atención por mal comportamiento, ni en su casa ni en el colegio, ni en ninguna parte. Todo lo aprendió con el ejemplo de un padre responsable.

Los hijos son como un espejo para los padres. Los padres, pues, no pueden ni deben exigirles lo que ellos no son capaces de cumplir. Y desgraciadamente sucede que muchas veces se prohíbe a los hijos lo que los padres sí se permiten, o se les exige lo que ellos no hacen.

La responsabilidad abarca todos los campos de la vida humana, y no es posible tratar a fondo todos los temas de orientación familiar en un solo libro.

Tengamos en la mente el ejemplo del espejo: los hijos son el espejo de los padres. Si estos quieren complacerse con el espejo, traten de ser hermosos modelos, porque no deja de ser cierto el dicho aquel que todos conocemos: De tal palo, tal astilla.

La sociedad de hoy sufre el flagelo de la droga, del vicio, del libertinaje. La juventud quiere ser independiente: le pesa la autoridad paterna y toda clase de autoridad. Y se rebela.

Todos nos lamentamos y le echamos la culpa a una y otra causa; pero casi nadie se preocupa por una valiente y sincera revisión de vida. ¿No son, acaso, los jóvenes rebeldes fruto de una familia? ¿Qué aprendieron ellos en esa primera escuela de la vida que es el hogar? ¿Tuvieron o no verdaderos educadores?

La mayoría de los padres creen equivocadamente que cumplen con su deber procurándoles a sus hijos buenos colegios y hasta universidad. No, de ninguna manera. En el colegio y en la universidad se instruye, pero no se educa. No sólo, sino que no sería demasiado atrevido sostener que en los colegios y universidades se deseduca. Y lo único que les queda a los jóvenes en lo que se refiere a formación o educación es lo que se aprende en la escuela del hogar. Ni siquiera los pedagogos, tomados en el verdadero sentido de la palabra, pueden darles a los jóvenes lo que les deben dar sus propios padres. Los padres de familia son insustituibles en la misión educadora de los hijos.

Con esto no se quiere decir que los únicos educadores sean los padres de familia, ni que uno mismo (el educando) no tenga que colaborar en el proceso de su propia formación. En la educación de la persona influyen la sociedad, el ambiente de colegio, el grupo, las amistades, etc., y debido precisamente a estas influencias se hace más imperiosa •

necesaria la formación en el hogar a fin de que los hijos no pierdan después lo que aprendieron en la familia, o para que sepan asimilar bien todo lo bueno que puedan aprender fuera del hogar.

“El individuo —dice el pedagogo Ernesto Meneses— tampoco depende actualmente de la familia para su educación. Los niños pasan una tercera parte del día en la escuela donde se les imparten los conocimientos que los capacitarán para valerse por sí mismos en la vida. La diversidad y abundancia de formas de entretenimiento y diversión en la actualidad —deportes, teatro, cine, etc.— que satisfacen la necesidad natural de descanso, alejan al hombre del hogar.

“La misma elección de consorte que antes era de la incumbencia de toda la familia queda ahora en manos de los jóvenes quienes deciden por sí mismos con mayor o menor acierto. Las nuevas familias que nacen de estas uniones no se incorporan al tronco familiar de los padres como sucedía antaño sino que inician su vida matrimonial lejos del hogar paterno. Como los niños de nuestra época intervienen poco en el cuidado de sus hermanos, carecen de los conocimientos rudimentarios que más adelante les permitirán cuidar a sus propios hijos. La vida de la nueva pareja encajaba antiguamente en una institución bien organizada, y que se basaba a sí misma.

“La organización actual de la vida ha desplazado a la familia como centro de trabajo. Antiguamente cada uno de los miembros de la familia contribuía en su medida, y según sus fuerzas a las tareas comunes que servían para la subsistencia de todos: arar el campo, pastorear el ganado, cultivar el huerto, hornear el pan, manejar la rueca y cuidar a los niños. Estas labores intensificaban la unión de unos con otros en el seno del hogar. Cada uno trabajaba dentro de la familia y en beneficio de la misma.

† “Todo este estado de cosas ha cambiado radicalmente en la familia urbana. . . Nuestra sociedad arranca al hombre del seno del hogar para emplearlo en tareas completamente ajenas a él. El hombre que trabaja fuera de la familia pierde inevitablemente contacto con su esposa e hijos. Su empleo lo preocupa porque es, al mismo tiempo, la forma de ganarse la vida y el símbolo de su rango en la escala social. La esposa desempeña los quehaceres domésticos ayudada por mil aparatos, fruto de la ingeniosidad humana: estufas, refrigeradores, aspiradoras, licuadoras, etc. Los niños carecen de obligaciones en el hogar donde se les cuida y provee de los medios necesarios a fin de que se dediquen a una tarea por demás importante: estudiar para prepararse al futuro. Las mismas actividades que eran antiguamente centripetas para la cohesión del hogar, —el trabajo de cada uno de los miembros de la familia dentro de la misma y en su propio beneficio— son ahora fuerzas centrífugas que los alejan de ella. La única fuerza centripeta es el afecto que mutuamente se profesan.

“Estas consideraciones no tienen como fin el añorar las costumbres de tiempos ya idos sino subrayar los cambios que ha sufrido la organización familiar. Es evidente que la familia moderna urbana se ha transformado. Las fuerzas que la mantienen unida son la procreación y educación de los hijos, y el cultivo de una vida común basada en el mutuo cariño de cada uno de sus miembros el cual proporciona a todos ellos el ambiente adecuado para el desarrollo de sus propias cualidades y la satisfacción de sus necesidades. La familia como instrumento de supervivencia o centro de trabajo y diversión existe actualmente sólo en algunos rincones del planeta o en los libros de historia”.

Todas estas consideraciones sirvan a los padres de familia, papás y mamás, para comprender mejor su responsabi-

lidad, no sólo ante los propios hijos sino ante la sociedad: de ellos depende, en gran parte, el porvenir de la familia y de la sociedad.

Por eso quiero citar lo que escribían los esposos Luis Mora Vásquez y Carmen Aguilar de Mora en un estudio sobre la desintegración familiar. Decían: "Otra de las causas principales de la desintegración familiar es la poca preparación y menor dedicación de los padres para asumir su responsabilidad como principales educadores de sus hijos. Generalmente esperamos que las escuelas suplan nuestras omisiones, pero los hijos necesitan de la orientación de sus padres; sin ella los orillamos a buscar por sí mismos su propia identidad en un medio sofisticado y difícil, donde la escala de valores se basa generalmente en el bienestar económico.

"Los padres nos limitamos a nuestro papel de proveedores; estamos ausentes del hogar la mayor parte del tiempo debido a las complicaciones de la vida moderna, y por el titánico esfuerzo en ganar lo suficiente que nos permita sostener a nuestra familia en lo que consideramos ser una posición 'adecuada'. Relegamos en paz nuestra responsabilidad de la parte que nos corresponde en la educación de nuestros hijos en la 'abnegada' esposa y en la 'buena' escuela.

"Nuestra ausencia e impreparación trae consigo, por una parte, una falta de conocimiento de los problemas familiares; y por otra, una falta de acuerdo con la esposa respecto a cuáles son nuestros mutuos derechos y obligaciones. Esto se suma al hecho de que desconocemos lo que es la verdadera autoridad. El resultado de toda esta falta de conocimiento y acuerdo mutuo, es que por siempre estamos fluctuando entre autoritarismo y debilidad.

"Y las madres, que tan poco entendemos el principio de autoridad, ni su importancia, confiamos en nuestra intuición, a falta de preparación y esfuerzo. Estamos convencidas de



que por el solo hecho de nuestra maternidad, somos todo lo 'heroicas' y 'amorosas' que se nos dice en el día de las madres. Vivimos ajenas a la dramática realidad de que, por su total dependencia, podemos hacerle al niño el mayor bien, pero también el mayor daño, y que ambas situaciones serán casi definitivas para su vida entera.

"Relegamos también nuestra responsabilidad a la escuela y a las muchachas de servicio; nos ausentamos y agotamos nuestras energías trabajando en organizaciones caritativas y en sostener o ampliar nuestro círculo social.

"Rara vez intentamos procurar nuestra propia identidad y felicidad como seres humanos; norma que nos diera un equilibrio propio entre: dar apoyo y amor a nuestro esposo e hijos, hacer un buen trabajo social y ser buenas amigas. Oscilamos entre ser madres 'mártires', adueñándonos de nuestros hijos con un 'amor' sofocante que impide su desarrollo y libertad; o madres con el falso concepto de la emancipación femenina, que lleva desde el descuido del deber, hasta el libertinaje.

"También nos llevan nuestros conflictos a descargar la ira sobre nuestros hijos, agrediéndolos desde la palabra dura, hasta las grandes crueldades, que lesionan seriamente y aun causan la muerte a muchos niños anualmente.

"Con mucha frecuencia somos luz de la calle y oscuridad en nuestra casa con aquellos que más necesitan de nosotros.

"Ambos cónyuges solemos estar muy unidos en los objetivos de procurar para nuestros hijos la mejor alimentación, la mejor ropa, la mejor escuela, el mejor ambiente social y las mayores oportunidades; objetivos perfectamente justificados en vista del 'amor' que les tenemos. Solemos alcanzar algunas o todas estas metas, pero no nos queda tiempo ni energías para dialogar sobre temas fundamentales necesarios para una mayor comprensión y ayuda mutua, y que

son factores indispensables para poder dar a nuestros hijos una educación bien planeada. A lo largo del camino perdemos de vista la jerarquía de valores entre el tener y el ser.

“Muy seguido no estamos presentes o estamos muy cansados y tensos para darnos mutuo apoyo y amor, y escuchar a nuestros hijos cuando necesitan de nuestra comprensión y apoyo en su lucha por desarrollarse. Tampoco adoptamos una disciplina con la cual podamos hacer uso adecuado del invisible, preciosísimo y limitado factor **tiempo**, y mucho menos pensamos en distribuirlo según una jerarquía de valores adecuada; perdemos de vista la brevedad de nuestra vida hasta que suele ser ya demasiado tarde...

“Conforme avanzamos en el mundo económico-social se van haciendo más artificiales, complicadas y sofisticadas las metas de ‘statu-quo’ hasta llegar un día en que nos encontramos ya agotados, y entonces nos sorprende y confunde sobremanera ver que nuestros hijos no son todo lo felices que nuestra ‘amorosa’ solicitud pretendió hacerlos.

“Tarde comprendimos los dos que los sistemas escolares actuales, tanto privados como oficiales, no proporcionan en modo alguno la verdadera **educación** de los alumnos.

“Para resumir: ni papá, ni mamá, ni la escuela, dimos a nuestros hijos una educación integral. No nos ha servido de justificación ni consuelo el hecho real de que nosotros no recibimos tal orientación de nuestro patrón cultural, ni del ambiente, al comprobar por la observación del mismo que casi todos los demás están en este sentido **en la calle**”.

CAPITULO II

El amor en el hogar

Todos sabemos que los hogares tienen su origen en el amor. No ha habido en el mundo el primer matrimonio a causa de la antipatía entre dos personas, o por el odio que se profesan mutuamente. Si dos personas contraen matrimonio y forman un hogar, el único motivo es el amor: "Nos amamos, por eso nos casamos".

El éxito o el fracaso de la vida matrimonial depende también del amor. Si el amor que llevó a la pareja a formar un hogar se va aumentando a medida que pasan los años, o por lo menos se mantiene como cuando eran novios, el éxito está asegurado. Sin duda que en la vida conyugal se presentan muchas desavenencias, disgustos y hasta serias peleas. Esto es más que natural, y no hay por qué maravillarnos, ni perdernos de ánimo. También durante el noviazgo los jóvenes tienen sus disgustos, y es bien que los tengan. Tanto más durante el matrimonio.

Pero lo importante es que el amor permanezca firme y que en vez de disminuir, se aumente. En la superficie del mar hay tempestades a causa de los fuertes vientos. Las olas se encrespan, se chocan unas contra otras, producen

un ruido ensordecedor; pero en lo profundo del mar hay quietud, silencio y paz. Así debe ser la vida de los esposos: se presentan tormentas y choques, pero lo importante es que dentro del corazón de cada uno de los dos se mantenga el amor que es el que da consistencia.

El ideal, claro está, es que después de 30 y más años de vida conyugal, los esposos puedan decir que no ha habido entre ellos ni siquiera el más mínimo desacuerdo. Pero hay que aceptar que todos somos humanos y, por lo tanto, débiles; y por esa debilidad a veces es suficiente una brisa para que de ella nazcan oleajes que perturban nuestro camino. Sin embargo, como todos sabemos, después de la tempestad, viene la calma. Así debe ocurrir en el hogar.

“¿Qué es el amor? —se pregunta el pedagogo Ernesto Meneses—. Es imposible aprisionar en los fríos y estrechos moldes de una definición la realidad tan esplendorosa, profunda y compleja del amor. Cuando tratamos de examinarla, le encontramos tantas facetas como si estuviéramos contemplando un diamante a la luz del sol.

“El amor no es la atracción sexual, porque existen muchas formas de amor ajenas al sexo y muchos casos de individuos que se atraen sexualmente; pero son incapaces de vivir en armonía durante corto tiempo.

“Tampoco consiste solo en el sentimiento superficial y pasajero del: ‘Me gustas’, ‘Te gusto’ o en el gesto romántico de grabar el nombre de la amada en la corteza de un árbol o de cantarle tiernas melodías a la luz de la luna o de jurarle fidelidad eterna en un prolongado beso.

“El amor que mantiene unidos a los esposos es más bien la adhesión emocional a otra persona como si fuera uno mismo, con la tendencia a procurar su bien dentro de un marco de respeto. El sociólogo Nelson Foote lo ha definido como la relación entre dos individuos que busca lograr el

desarrollo óptimo de ambos. El amor conyugal es la forma más perfecta de esta relación.

“Los pétalos de esta flor delicada que es el amor son: el don, el conocimiento, el respeto y el cuidado.

“El amor es ante todo un don, no un acto trémulo de entrega que pronto pasa, sino un acto que se perpetúa por toda la vida, más allá de todo interés y del cual no se espera nada en retorno. Don quiere decir gratuito y desinteresado, y frecuentemente exige que el que da, se prive de lo que tiene. Por eso el amor de los esposos suele ser una cadena de sacrificios propios en la cual la compra de un vestido nuevo cede su lugar a la reparación del techo de la casa que ya gotea, o las vacaciones se convierten en noches insomnes a la cabeza del hijo enfermo. El amor como don no está condicionado al óvalo perfecto del rostro de la esposa que se desfigura, ni a su piel tersa, ahora surcada de arrugas, ni a las líneas de su cuerpo que ya se desvanecieron. Tampoco depende de si el esposo llega a ser director de la empresa en la cual trabaja o de si los hijos figuran en la política, los negocios o la ciencia.

“El amor supone asimismo el conocimiento que descubre aspectos ocultos de la persona amada que le estaban latentes a ella misma. Ciertas cualidades sutiles, ciertas características amables. Del mismo modo que el conocedor de arte aprecia una obra cuya excelencia no alcanza a vislumbrar el profano, así el amante penetra en las capas más profundas de la personalidad del amado para revelárselas a él mismo. Algunos se preguntan, cuando contemplan una pareja de enamorados: ¿Qué vería él en ella? El vio en ella lo que los demás no han visto, ni podrán jamás ver.

“El amor revela a algunas personas su propio valer, devolviéndoles así la seguridad en sí mismos y las obliga a superarse a los ojos del amado, como lo demuestran los

casos de jóvenes que al enamorarse manifiestan una verdadera expansión de su personalidad.

“Otro elemento fundamental del amor es el respeto, la consideración o estima del ser amado en su dignidad humana. El respeto impide que el amado sea visto como objeto con el cual se juega, al cual se domina o se explota. El amor verdadero, aun tendiendo a la unión más estrecha con otro ser, lo respeta, e impide que la relación entre ambos se convierta en dependencia simbiótica en la cual uno explota en nombre de la ternura, y el otro se deja explotar.

Vínculo de unión

Sobre el amor mucho se ha escrito, y las definiciones son numerosas. Parece que es casi indefinible. O mejor, no lo sabemos definir, pero sí comprender. Y todos sabemos que el amor es algo que une a dos personas: es un lazo de unión. Si ese lazo es fuerte, más fuerte que una gruesa vara de hierro, no se rompe por más que se le haga fuerza. Por eso se ha dicho que el amor no termina nunca, que es más fuerte que la muerte.

En efecto, cuando entre dos personas existe el verdadero amor, esas dos personas estarán siempre unidas, aunque las separen las distancias y el tiempo. Porque, aunque una de ellas muera, la otra seguirá viviendo íntimamente unida a la persona desaparecida. La muerte es incapaz de separar a dos personas que se aman verdaderamente. Es una verdad innegable.

Ahora bien, si ni siquiera la muerte es capaz de separar a dos corazones amantes, menos los deben separar los inevitables disgustos que se presentan en la vida diaria.

De ahí la importancia de hacer todo lo posible para que este lazo de unión, que es el amor, se vaya haciendo más y

más fuerte a través de los años. De él depende la felicidad del hogar.

¿Por qué algunos esposos llegan al punto de vivir soportándose, como personas extrañas, como enemigas casi? Porque el lazo de unión era débil y se rompió al primer tirón. Y ese primer jalón pudo ser una incomprensión, una causa insignificante, una chispita que terminó en incendio.

A veces se llega a la separación total. ¿Por qué? ¿Acaso el amor no es más fuerte que la muerte? Sí. El amor seguirá siendo siempre más fuerte que la muerte. Lo que pasa es que, en realidad, no ha habido amor. Existió en la pareja nada más que una llamarada; creyeron amarse, cuando en realidad no existió sino una atracción física. Es lo que sucede en la mayoría de los jóvenes que, enceguedidos por la atracción física, no oyen los buenos consejos de los padres, y se precipitan al matrimonio creyendo haber conquistado la felicidad. Pasa la euforia o entusiasmo, llega la realidad de la vida, se dan cuenta que el otro o la otra no era esa perfección de hombre o de mujer que se creía, y viene la desilusión. Comienza la convivencia obligada, la vida en común soportada. Se mantienen unidos solo por conveniencias sociales o por el qué dirá la gente, por convicciones religiosas, o por los hijos. Pero el lazo de unión no existe. No se ha roto. Sencillamente no existió.

Tarea de padres e hijos

Si el amor es la fuente y la garantía de felicidad para el hogar, todos estamos en el deber de buscarlo y fomentarlo.

Los padres, ante todo, deben vivir amándose mutuamente; porque es la mejor herencia que les pueden dejar a sus hijos. Un hogar lleno de amor es un hogar feliz, y un hogar feliz no se cambia por dinero ni por alta posición

social. La felicidad no la constituyen dos o tres lujosos automóviles, residencias estupendas, fincas de veraneo con numerosa servidumbre, ni millones en el banco. La felicidad está solo en el amor. "Mis padres me daban de todo, no me faltaba absolutamente nada. Pero vivían separados y yo tenía que estar una vez con mi mamá y otra con mi papá. Eso fue lo que me llevó a la droga", me confesaba un drogadicto.

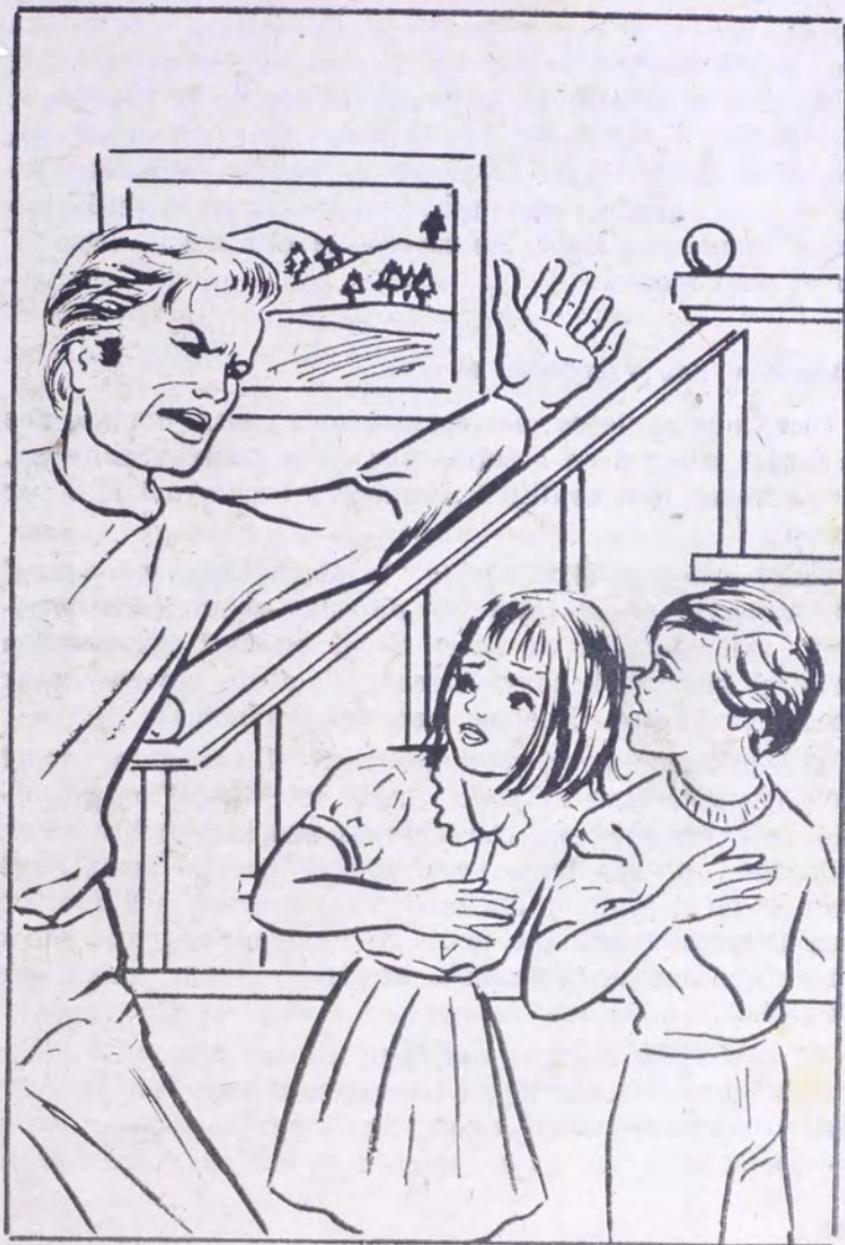
Una joven señora que sufría terriblemente en su matrimonio, me decía: "De bruta me casé, pero es que mi hogar era un infierno". Y casos de estos se podrían citar a porrillo, infortunadamente. Pero también, afortunadamente, los hay al contrario. Me decía una joven: "Amo a mi novio entrañablemente, pero no me siento capaz de abandonar mi hogar: allí vivimos todos felices. No tenemos mayores comodidades, pero nuestra riqueza está en el amor".

Ahora bien, para formar esos hogares felices, que lo son únicamente por el amor que une a los padres entre sí y a estos con los hijos, y a los hermanos entre sí, es absolutamente necesario cerciorarse si hay o no verdadero amor entre los futuros cónyuges.

Esto es bastante difícil para los jóvenes, porque, como ya había hecho alusión anteriormente, muchas veces se confunde el amor con la pasión, con la atracción física. Y se da el paso, alocadamente, sin parar mientes en los consejos paternos. Y cuando se dan cuenta del error, es ya demasiado tarde.

"El divorcio lo arregla todo", se dirán algunos. Es cierto que la inconsciencia se está generalizando y que, por tanto, muchos son los que así piensan, a pesar de decirse cristianos y católicos.

El asunto no es tan fácil como se cree, porque el matrimonio es indisoluble. Las autoridades civiles podrán, abu-



sivamente, tomarse el derecho de conceder el divorcio, derecho que ni el Papa tiene. Pero el problema está en que ningún ser humano tendrá que dar cuenta de sus actos, a la hora de la muerte, al señor presidente de la República, sino a Dios. Inútil, pues, que tratemos de tapar el sol con dos dedos de la mano. Lo mejor es pensar bien antes de dar el paso hacia un matrimonio no basado en el verdadero amor. Donde hay amor, los esposos se ríen del divorcio. Y no es para menos.

Conocerse uno y conocer al otro

Dicen que nadie es juez en su propia causa. Por eso nos es difícil saber si en nosotros hay amor por el otro, o no. E igualmente nos es difícil reconocer el amor del otro por nosotros.

Claro está que el "Te amo" lo dicen todos y todas. Y sinceramente. No se trata solo de saber si nos están engañando, sino también de saber si nos estamos engañando a nosotros mismos. Y honradamente. Es decir, creemos tener amor por el otro. Creemos, pero no lo tenemos.

¿Cómo hacer, pues, para descubrir el verdadero amor? Con solo este tema se podría hacer un libro, y en profundidad. Contentémonos con algunas sencillas indicaciones. Ellas nos servirán tanto para conocer nuestro amor como para conocer el amor del otro. Y si descubrimos que eso que llamamos amor, no lo es en realidad, hay que echar pie atrás aunque suframos. Es mejor sufrir antes que después.

El verdadero amor es duradero. Si uno ama, y lo ama a uno, pero durante algún tiempo solamente, no hay verdadero amor. El amor es un lazo muy fuerte que une a dos personas y que no lo rompe ni la muerte. Si se rompe,

quiere decir que no era lazo de amor sino de pasión. Y, entonces, mejor que se rompa a tiempo.

Un soldado que acababa de comenzar su servicio militar vivía angustiadísimo. No dormía, manejaba el rifle al revés, marchaba cuando los otros trotaban, y trotaba cuando los otros marchaban. "No combino nada bien", me decía. ¿La causa? Estaba angustiado al pensar que "su niña" se olvidara de él durante los dos años de servicio militar y se fuera con otro. No me puse fiador de la fidelidad de la desconocida Dulcinea. "Si te deja, mejor para ti", le dije. Y le expliqué: una persona que, por estar uno ausente dos años, lo olvida, no es digna de uno. No es merecedora de nuestro amor. Así que es mejor que la infidelidad se manifieste antes del matrimonio que después. Porque, en efecto, si por la ausencia se va con otro, ¿quién nos garantiza que, aunque sea ya esposa, no se enamore de otro y se vaya con él? Los casos suceden a diario.

Ida de Iannini es una señora romana que desde hace 35 años busca a su esposo, el sargento Carlos Iannini. Se casaron en Roma, en la iglesia de San Venancio, el 13 de junio de 1942. Ambos tenían 26 años. El era sargento de artillería, ella hija de una familia rica. El 15 de agosto él salió para Rusia, y en diciembre de ese mismo año fue hecho prisionero.

Desde entonces ella ha movido cielo y tierra para tener noticias de su marido. Hasta le escribió a Stalin, se entrevistó con Alexei Adjubei y la tía de Carter. Vive pobremente porque todo el dinero lo ha empleado en la búsqueda de su esposo. Sus padres, hace muchos años cuando vivían todavía, le decían: Eres joven, de él no se sabe nada, cástate de nuevo.

Pero ella lo sigue buscando con una testarudez conmovedora. El padre murió sin la satisfacción de verla vestida



con otro color fuera del negro. Y todavía lo sigue buscando, porque el amor es duradero o no es amor.

El verdadero amor no es ciego. Es decir, ve los defectos y los acepta si son aceptables y corregibles. A veces los jóvenes se encaprichan por una joven llevados únicamente por sus cualidades físicas, sin fijarse en las cualidades morales. Se enamoran de una hermosa muñeca de porcelana, y su ceguera no les permite ver que esa hermosura puede quedar de un momento a otro reducida a pedazos.

Otro tanto les sucede a las mujeres, cuando se enamoran locamente de un apuesto joven, un muñeco de trapo que un fósforo (prendido, naturalmente) puede reducir a cenizas. "Es un hombre perfecto, todo un caballero, una persona completa, y me ama como nadie", me decía una muchacha enceguecida. No pasaron tres años y el que le juraba amor eterno se había casado con otra. Y la tonta lo seguía queriendo, lamentando no haberse casado con él a tiempo!

El mayor error y el mayor engaño está en poner los ojos en lo exterior, olvidando que las virtudes son lo mejor de una persona. "Me casé con una muñeca a quien idealicé", me decía en medio de su dolor un joven esposo a quien la muñeca lo había dejado. La ceguera conduce al desastre, porque es la peor enemiga del amor.

El verdadero amor es generoso y no egoísta. Es la característica del amor: el darse al otro, sin medida y sin interés. No mira al provecho propio, sino al beneficio del otro. Por eso, cuando de novios, uno le exige al otro en demasía y con intransigencia, hay que ponerse en estado de alerta, y pensar en serio.

El amor es sincero, confiado y tolerante. Donde hay engaño, no hay amor. En esto, sobre todo, conocemos nuestro propio amor. Si estamos engañando al otro, convenzámonos

que no lo estamos amando. Y si descubrimos en el otro algún engaño, por mínimo que sea, todo está claro: no hay verdadero amor.

Confiar en el otro es también signo de verdadero amor. Pero, claro está, hay que hacerse dignos de la confianza, porque, de lo contrario, el que da confianza puede pasar por bobo.

No hay que pretender que nuestro futuro cónyuge sea perfecto. Si tal pretendemos, no servimos para esposos o esposas, sino para comandantes de un regimiento. E inclusive allí fracasaríamos.

Una vez seguros de nuestro amor y de que somos también amados verdaderamente, no hay por qué tenerle miedo al matrimonio. Será un hogar feliz. No faltarán muchos sinsabores en la vida, pero serán muy llevaderos, porque la carga no la llevará uno solo, sino que será compartida. Cuando hay amor, hay unión, y la pareja sufrirá o gozará conjuntamente. Nunca separados. No se puede concebir que un cónyuge esté de fiesta, bailoteando, mientras el otro está triste, llorando. Es inconcebible.

Esto no sucederá si se ha sabido escoger al cónyuge, es decir, si durante el tiempo de noviazgo se ha estudiado al otro y si se ha estudiado a sí mismo. Estudio en el amor.

No es este un libro sobre el noviazgo, ni un capítulo sobre el noviazgo. Ahora lo que nos interesa es el tema del amor como fuente y garantía de la felicidad en el hogar.

Amor entre los padres

Sobre esto ya queda dicho algo al principio de este capítulo, y nadie pone en duda su importancia. Dos personas que se aman, saben, en efecto, superar cualquier crisis que

se presente entre ellos. Con el amor o por amor se solucionan casi todos los problemas.

No sobra, sin embargo, que añadamos algo, porque, como quedó dicho, el amor entre los padres es la mejor herencia que se les puede dejar a los hijos. Y del amor entre los padres depende el amor para con los hijos, y el amor entre hermanos. De él dependerá también el amor en los futuros hogares, es decir, el formado por sus hijos.

Entre los esposos no se trata de saber si hay o no hay amor verdadero. Se trata de mantenerlo y de aumentarlo.

Sucede, a menudo, que el amor de novios, cuando se convierten en esposos, se va disminuyendo con el pasar de los años. Y no debe ser así. Todo lo contrario: debe ir aumentando.

Veamos, pues, cómo se puede mantener el amor primero, y cómo se lo puede aumentar. Anté todo, es una tarea de ambos: no podemos exigir solamente. También tenemos que poner algo de nuestra parte. El amor no es exigente sino generoso, no lo olvidemos.

Las demostraciones de cariño no deben desaparecer. De parte y parte. El esposo fue un conquistador, tuvo que luchar para obtener el amor de la mujer. Debe seguir siendo conquistador. Cuando deje de serlo, se convertirá en un pamplinotas.

La esposa, a su vez, quiso ser conquistada y para ello fue cariñosa, amable, seductora. Nunca, por ejemplo, se permitió recibir al novio de mal genio, mal arreglada, desgredada. Igual debe hacer de esposa.

Un buen novio es detallista. Y los detalles son muchísimos. De esposo tiene que seguir siendo detallista. A la mujer le gusta. A un grupo de señoras pregunté sobre lo que debilitaba el amor: fueron unánimes en contestar: falta



de detalles. Cuando les pregunté cómo se fomenta el amor, me dijeron: con detalles. No es lo único ni lo esencial, pero para la mujer es importante, y esto debe tenerlo en cuenta el hombre.

Hasta la llegada del primer hijo, puede ser que el amor haya permanecido intacto. El esposo estaba contento del cariño de su mujer. Pero, llegado el primer hijo, el amor materno se va todo hacia el hijo. Parece que la esposa ya no tuviera otro objeto de amor. Se ha convertido en madre y se le olvida que sigue siendo esposa.

El marido lo nota, lo siente y lo sufre. Se ve como aislado. Queda solo en su propio hogar. Síquicamente, si no está muy bien preparado para comprender ciertas situaciones, puede sufrir una especie de celos contra su propio hijo que le ha robado el cariño de su esposa. Por eso me pareció acertadísima la opinión de algunas señoras que para fomentar el amor entre los esposos, me dijeron: "Debemos tratar de que los niños amen más a su papá", y comprendieron muy bien, cómo cuando el niño está recién nacido ellas no deben olvidar al esposo: deben prodigarle todo el cariño anterior. Y hasta más, porque el hijo es fruto del amor entre los dos; es decir, el hijo debe ser causa de aumento de amor entre los esposos.

Como dije anteriormente, de cada uno de estos temas se puede hacer todo un libro. Pero hay que condensar todo en uno solo. Así que al buen sentido y a la inteligencia de los cónyuges les queda el buscar los modos de mantener y fomentar el amor. Lo importante es que no se vuelvan indiferentes, sino, al contrario, cada vez más cariñosos. Así darán ejemplo a los hijos, superarán más fácilmente las dificultades y contratiempos de la vida, y vivirán felices.

Quisiera, sin embargo, no pasar por alto una regla muy fácil de practicar para superar las dificultades de incom-

prensión que se presentan siempre y que en veces pueden tener serias consecuencias.

Es el caso de los disgustos. Las causas pueden ser muchas. No importa. Ni importa que haya disgusto. Lo que importa es que no degeneren en silencios prolongados. Conocí un par de esposos que por una tontería tuvieron una seria discusión y pasaron seis meses sin hablarse. Parece mentira, pero es la realidad. Y sufrían ellos, y sufrían los hijos. Entre paréntesis: ellos aprendieron bien la lección de sus padres y por una pelea entre hermanas (también por una solemne tontería), dejaron de hablarse durante cuatro años. Los hijos son siempre el espejo de sus padres: **Como canta el abad, responde el monaguillo.**

¿Qué hacer? En primer lugar, tratar de evitar las discusiones. Si el esposo nota que la esposa está de mal genio, trate de permanecer en silencio. Ya le pasará y entonces sí se podrá hablar con calma y serenidad. Igual comportamiento debe tener la esposa cuando el marido amanece con el mico al hombro, o regresa del trabajo de malas pulgas por problemas con sus colegas, o por cualquier causa.

Pero si, de todos modos, se originan discusiones, porque somos humanos, entonces la regla es la de no echarle leña al fuego. Dejar el asunto de ese tamaño y pensar que nadie es poseedor exclusivo de toda la verdad: a los demás tenemos que dejarles una brizna al menos de razón y no olvidar que es propio de la persona sensata respetar las ideas de los demás. Con mayor razón la del propio cónyuge. Y tener siempre presente que la razón nunca la tiene el que grita más fuerte.

Amor entre padres e hijos

Parece tonto hablar del amor que los padres deben tener a los hijos, y estos a sus padres, cuando es lo más natural.

Sí, es lo más natural, pero por muchas causas a veces se distancian, hasta el punto de que no pocos hijos abandonan la casa paterna con tal de no tener que convivir con sus padres.

Los padres no pueden menos de amar a sus hijos, porque son parte de su ser. Pero sucede que no pocas veces no demuestran amor, sino todo lo contrario. Los aman sí, pero los hijos no ven ese amor. Ven solo intransigencia. Ven solo al padre-patrón.

Hay, pues, que demostrar el amor. No se trata de ser permisivos en todo, para no contrariar a los hijos. Se trata de ser comprensivos.

Un error que cometen a menudo los padres es el de considerar a los hijos como niños. Para ellos no crecen, no son personas adultas. Pretenden, entonces, seguirles dando chupo como si fueran bebés: es necesario aceptar la realidad de la vida, el crecimiento de la persona y, por tanto, hay que tratarlos como personas. Nunca como objetos.

La rigidez y el autoritarismo son enemigos del amor o, por lo menos, ocultan el amor que ciertamente existe en el corazón de los padres. Firmeza con dulzura es la regla de oro en el trato.

Los hijos, a su vez, deben también ser comprensivos con sus padres. Deben comprender, por ejemplo, que los padres tienen una misión que no es solamente la de darles techo, alimentación e instrucción. Ellos tendrán que dar cuenta a Dios de la suerte de sus hijos. Por eso tienen que, por ejemplo, castigarlos cuando las palabras de advertencias y de consejos no han valido para nada.

Los padres no son cajeros solamente. No hay que verlos detrás de una ventanilla alargándonos la mano con los billetes para los buses, la pensión, los libros, el vestido y



todo lo que vamos necesitando. A veces los hijos miran solo el bolsillo del papá, o de la mamá. Las relaciones deben ser muy distintas: relación de amor, ante todo y sobre todo. Lo demás vendrá por añadidura.

Es cierto que los padres no solamente deben tener amor a sus hijos, sino demostrarlo; pero también es cierto que los hijos de igual modo deben demostrar su amor a los padres. Nunca limitarse solamente a ser pedigüños, a mirar el bolsillo y a extender la mano: deben mirar al corazón y presentar su propio corazón. El corazón de los padres siempre está sediento, necesitado, del amor filial. Y esto deben comprenderlo los hijos.

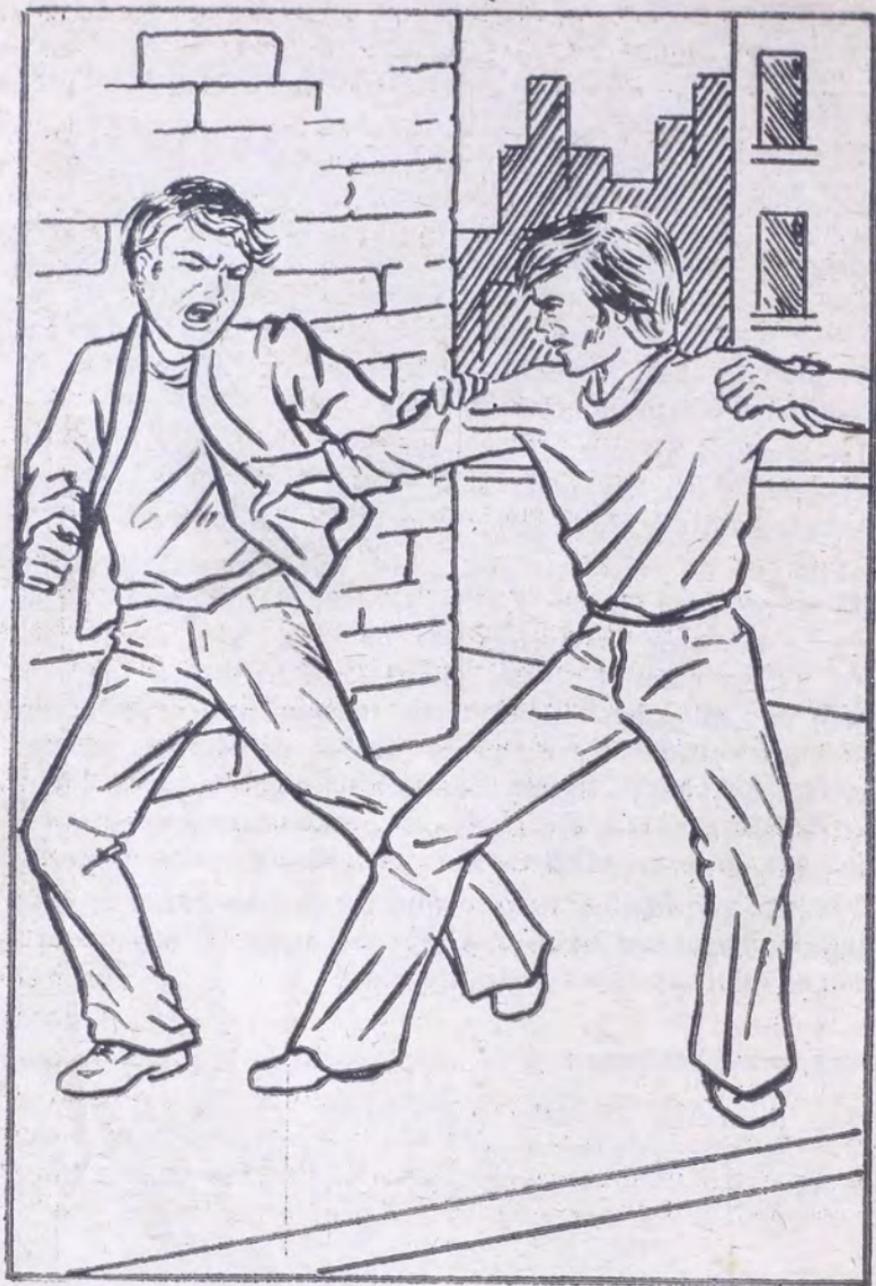
La gratitud es una virtud muy rara, pero absolutamente necesaria. Y no hay nada peor en las relaciones humanas que la ingratitud. Hace sufrir al corazón. Lo hace sangrar.

¿Por qué debemos ser gratos con nuestros padres? Ante todo porque nos dieron la vida; se desvivieron por nosotros durante nuestros primeros años de vida. Y también después. ¿Para quién trabajan ellos? Para los hijos. Se preocupan por ellos hasta la muerte, porque, aun cuando terminen sus estudios y sean profesionales, formen sus propios hogares, los padres siguen siendo igualmente padres. Siempre dispuestos a acudir ante cualquier necesidad de sus hijos, por más que ellos tengan más ciencia o más dinero.

No hay que olvidar todo lo que los padres hacen por los hijos: la ingratitud es lo que más les duele. Y hay que reconocer que hay hijos muy ingratos.

Amor entre hermanos

Los disgustos y peleas entre hermanos son inevitables, sin duda. Como entre esposos. Pero lo importante es que, pasada la pelea, se restablezca la concordia. Y prontamente.



Esto es posible solamente cuando hay amor entre ellos. Dos personas que se aman verdaderamente saben superar las dificultades, porque saben comprenderse, respetarse.

Había citado anteriormente el caso de dos hermanas que por una tontería se disgustaron y no volvieron a hablarse durante más de tres años. Sólo se dieron la mano cuando su madre, moribunda, les pidió ese regalo: que se amistarán para poder morir tranquila.

Murió la mamá y siguieron sus buenas relaciones. Todos los domingos, durante más de dos años, iban cumplidamente a la tumba a llevarle flores y a llorar. Flores inútiles y llanto tardío. El dolor que le causaron con su enemistad durante todos esos años ya no se podía remediar. Si hubieran reflexionado a tiempo, ahora llorarían menos, porque menos remordimientos las atormentarían.

Los padres sufren cuando los hijos pelean y sus disgustos se prolongan por mucho tiempo. El ambiente familiar se hace pesado. Desaparece la alegría en todos, porque, aunque casi todos estén en armonía, basta que dos personas se encuentren mal en sus relaciones con cualquiera de los otros miembros, para que el ambiente se vuelva pesado para todos.

Es tan hermosa una familia cuando todos se aman y se comprenden; cuando todos y cada uno se desviven por los demás. Son los hogares más felices del mundo, aunque carezcan de bienes materiales.

No es fácil, sin embargo, lograr esta felicidad. En todos los corazones hay, sin duda, amor. Pero a veces el amor es más débil que las envidias, por ejemplo. Un hermano, o una hermana, surgen en la vida, tienen éxitos en sus estudios o en su trabajo, y quien se queda atrás sufre por el éxito del otro y por su propio fracaso.

La envidia es lo más diabólico que existe, y cuando uno no se hace violencia, se convierte en su víctima y vienen las consecuencias. El primer asesinato en la historia de la humanidad se debió a la envidia.

Fue el primer asesinato en la humanidad; fue cometido por envidia, y fue entre hermanos. ¡Desgraciadamente no fue el último!

Uno cree que las peleas y disgustos suceden siempre o solamente entre hermanos pequeños. Son chiquilladas. Pero no es así. Hay hermanos, ya casados, próximos a convertirse en abuelos, y que se mantienen distanciados entre sí por algún disgusto surgido entre ellos. ¡Pésimo ejemplo para los propios hijos! Porque ellos ven. Ven que su papá no se trata con sus hermanos o con determinado hermano. Y casos han sucedido en que los hijos que no tienen nada que ver en el disgusto entre hermanos, van a saludar a sus tíos. Cuando el padre lo sabe, los reprocha por haber ido. Les da así una lección deseducadora, y les está manifestando su propia inmadurez psicológica.

¿Con qué autoridad moral este padre podrá llamarles a ellos la atención cuando se pelean? ¿Cómo podrá enseñarles el amor y la concordia entre sí?

El amor entre los hermanos depende, naturalmente, del amor que reine en el hogar, y de los consejos y ejemplos paternos. Cuando surjan disgustos entre ellos, los padres deben llamarles la atención, darles consejos y hasta reprochar y castigar, si se hace necesario.

Lógicamente esto no es posible, o mejor, no tienen derecho de hacerlo, cuando el amor y la comprensión no reinan entre los esposos, porque les pueden sacar a la cara la frase citada anteriormente: **Lo que se hereda, no se hurta.**

CAPITULO III

Enemigos del amor

Siendo el amor tan indispensable, esencial para la felicidad del hogar y para la formación de los hijos, conviene que nos detengamos otro poquito sobre él. Y es que el amor, como es tan importante, tiene muchos enemigos; si los descubrimos a tiempo, lograremos salvaguardarlo, conservarlo y, al mismo tiempo, fomentarlo, es decir, aumentarlo.

Cuando dos personas contraen matrimonio, no podemos dudar de que lo hacen por amor. Y se siguen amando durante los primeros meses de vida conyugal; pero, con el correr del tiempo, ese amor comienza a debilitarse, a enflaquecerse, cuando debiera suceder todo lo contrario.

¿Qué ha sucedido? Que, de novios, los jóvenes no tenían ocasión de conocerse bien, porque todavía no convivían. Y se hacían demasiadas ilusiones.

Ya de esposos, comienzan a vivir la realidad de la vida. Los defectos propios de la naturaleza humana comienzan a salir a flote. Tal vez uno y otra sientan una cierta desilu-

sión respecto del propio cónyuge: lo creían mejor, nunca se habían imaginado que fuera así y así; tal vez comiencen a pensar si no hubo equivocación en la escogencia: ¿habrán dado un paso en falso? ¿Tal vez no era verdadero amor, sino pasión lo que los unía y atraía anteriormente?

Todo esto puede suceder en parejas que no se prepararon con juicio, sobre todo cuando se contrae matrimonio después de un breve, y hasta brevísimo, período de noviazgo.

Sin embargo, no hay que alarmarse, ni asustarse, ni perderse de ánimo o desilusionarse. Hay que tener en cuenta que esto les pasa a casi todas las parejas, a pesar de ser su amor un amor verdadero.

Lo que pasa es que el amor, como es algo tan precioso, tiene sus enemigos, y estos comienzan a hacer sus primeras apariciones.

El amor integra, el odio desintegra

El amor y el odio son como el agua y el fuego, donde está el uno no puede estar el otro. Dice el filósofo y psicólogo J. Luis Curiel: "Al mayor grado de madurez corresponde el mayor grado de libertad. La libertad es el riesgo del amor. No se debe confundir el amor efectivo que emana del libre querer, con el amor afectivo que es un sentimiento profundo y concomitante pero no la esencia misma ni el mérito del amor. El amor efectivo es energía integradora, predilección recíproca que busca el bien del ser amado, aun a costa de grandes sacrificios íntimos. Esta capacidad de sacrificio distingue definitivamente al hombre del animal y al amor del simple placer. Por esta razón la llamada 'ley del placer' no puede explicar la conducta específicamente humana. El amor sincero es la mejor garantía

de la integración familiar. Cada día el amor conquista su terreno: desea que los miembros de su sicogrupo familiar progresen y triunfen en sus respectivos niveles, como hermanos, como amigos, como padres, como hijos, como sirvientes o parientes, como esposos. Desea igualmente que su familia toda, frente a las demás, sea una expresión del prestigio de sus miembros. El amor se apresura a poner remedio a cualquier síntoma de desintegración familiar y a proveerse de precauciones ante el justificado temor de cualquier peligro real. El amor no requiere la mirada física del sujeto que ejerce la autoridad para que como buen súbdito cumpla con su misión. 'Ama y haz lo que quieras' escribió San Agustín. Y el mismo pensador genial brindó una norma de conducta que no debe olvidarse: "En lo seguro, obediencia; en lo dudoso, libertad; en todo: ¡amor! El enemigo del hombre es el odio, que mana también de la voluntad y no se reduce a simples antipatías sentimentales. Como el amor es querer y el placer es sentir. No podemos vivir solamente con personas que nos simpaticen. Pero convivir con ellas no significa que las odiamos. Podemos amar a nuestros enemigos, puesto que debemos amarlos, no como malvados, sino como hombres. Es el amor efectivo, garantía firme de la integración por encima de los sentimientos más encontrados. Sentir no es consentir. El odio y la violencia no pueden implantar la justicia por la sencilla razón de que una virtud nunca se impone por la fuerza sino que nace de nuestro interior. Solo en atmósfera de amor puede surgir la justicia. El odio, por lo contrario, siembra resentimientos. La familia integrada se fragua de relaciones amorosas: lo efectivo y lo afectivo se conjugan para expulsar las disonancias del odio y producir la paz".

La indiferencia mata

La indiferencia es el estado de ánimo en que no se siente inclinación ni repugnancia hacia un objeto o negocio determinado. Así la define el diccionario, y podríamos añadir: ni inclinación ni repugnancia hacia una persona.

Todos comprendemos muy bien que si hay indiferencia no hay amor. Son dos polos opuestos. Por eso, anteriormente, dije que entre los esposos y entre los hermanos había disgustos y peleas y que era bueno que los hubiera. Lo decía precisamente porque donde hay amor, hay interés; mientras que si hay indiferencia entre dos personas, estas nunca pelean, porque no les importa nada.

La indiferencia es algo que mata, que hiere el corazón y lo hace sangrar, tal vez más que la ingratitud. La ingratitud se puede excusar y hasta comprender. La indiferencia no. Esta es insoportable: es la más clara manifestación de falta de amor.

Hace poco hablaba con un joven esposo a quien su mujer lo había abandonado; a pesar de las atenciones que le brindaba y las demostraciones de cariño. "A mí no me importa", "haz como quieras", "eso ni me va ni me viene", "no me interesa en absoluto", eran las respuestas de esa joven. Y llegó hasta decirle que si quería, podía tener todas las amantes que quisiera: a ella le era indiferente.

Y no eran sólo palabras, como a veces sucede. Se dice: "¡No me interesas, vete al diablo!", pero si no llega a tiempo a casa, hay angustia y pérdida de sueño hasta no ver llegar al ser amado a quien poco antes se había mandado al diablo calzado y vestido. En tales casos hay solo arrebatos de ira.

En el primer caso se trataba de indiferencia propiamente dicha. Y no hay nada que hacer, porque falta el amor. ¿Para

qué retener, por fuerza una persona junto a nosotros, si ella no siente inclinación ni repugnancia?, o sea, en otras palabras, ¿una persona que no tiene amor?

¿Qué hay que hacer, pues, cuando uno comienza a sentir indiferencia por el ser que se escogió para compañero o compañera de toda la vida? Ante todo, reflexionar: esa persona tiene necesidad de nosotros, y nosotros también la necesitamos. Y, entonces, hay que atacar la indiferencia desde sus comienzos. Cortarla de raíz.

Una atención, por ejemplo, una palabra cariñosa, sirven de mucho. Para que una hoguera no se apague hay que echarle leña, y leña buena y seca. Así sucede con el amor: para mantenerlo, hay que echarle candela en vez de agua. El agua apaga el fuego, y la indiferencia es el agua más fría que nos podamos imaginar.

Donde hay amor, no hay engaño

Otro terrible enemigo del amor es el engaño, la falsedad. El verdadero amor y el engaño son también dos polos opuestos. Dos personas que se aman son como dos libros abiertos el uno para la otra.

No debemos equivocarnos en lo siguiente: a veces uno cree que un engaño pequeñito no va a perjudicar al amor en nada. Sin embargo, no es así. Y es muy sencillo de comprender. La persona engañada, en efecto, aunque sea en muy poca cosa, cree que también se la puede engañar en asuntos de más importancia. Psicológicamente uno queda con la inquietud: si me ha engañado en esto, me puede engañar en todo y siempre. ¿Quién me garantiza que en cualquier momento no me esté engañando? La semilla del mal ha quedado sembrada, y es muy difícil matarla. De ahí la importancia de no traicionar jamás la confianza que

otra persona haya depositado en nosotros. Tanto más si se trata del esposo o de la esposa.

Hay otro particular de tener en cuenta. Cuando uno engaña en asuntos de poca monta, y nadie lo descubre, cree que nunca será descubierto, y esta especie de seguridad ayuda a seguir engañando con más facilidad; se va pasando de las cosas menores a las mayores. Así puede nacer una tragedia.

Si se reflexionara a tiempo, nunca se daría un mal paso, por pequeño que fuera, tanto más sabiendo que de las cosas pequeñas se pasa a las grandes sin casi uno darse cuenta.

Se quejaba una vez un esposo de los engaños de su mujer. ¿Por qué tenía que sacar plata prestada y saltar matones para pagarla a escondidas de él? ¿Por qué tenía que decirle que se iba a casa de sus padres, cuando en realidad se iba donde las amigas? Si lo estaba engañando, no lo estaba amando, concluía el esposo. Y tenía razón, aunque comenzaba a exagerar creándose en la mente engaños inexistentes. Y graves. La esposa sólo era imprudente e insincera.

Poco a poco las relaciones se fueron haciendo más y más tensas, hasta llegar al punto de consultar con los abogados para la separación. Todo había comenzado con pequeños engaños.

Otro enemigo: el egoísmo

Una de las características del verdadero amor es la de darse al otro, y el de dar desinteresadamente. Se mira más al otro que a uno mismo. Se siente alegría en el dar, sin esperar recompensa de ninguna clase.

El egoísmo es todo lo contrario: uno se mira a sí mismo y quiere que todo el mundo le sirva. Como dijo alguien:

“Primero pa yo, segundo pa yo y tercero pa yo”, o, en otras palabras **“lo mío es mío, y lo tuyo se discute”**. El egoísmo es el inmoderado y excesivo amor que uno tiene a sí mismo y que le hace atender desmedidamente a su propio interés. El egoísta nunca puede amar verdaderamente.

No puede existir una buena relación humana, cuando hay egoísmo. Por consiguiente, las relaciones familiares se ven obstaculizadas, cuando uno de sus miembros es egoísta. Peor aún, cuando todos o casi todos sufren de este mal. Y surgen peleas continuamente, sobre todo entre hermanos. Cada uno tiene lo suyo y si alguien le usa una prenda de vestir, un objeto de trabajo o de estudio o cualquier cosa, sucede un desastre. Vienen los reproches, los insultos, los gritos, los llantos. Un pandemónium.

En cambio, hay familias en las que, digamos, existe un verdadero comunismo: todo es de todos y no se forman líos porque uno use lo del otro. Pero, claro está, conviene también que todos aprendan a respetar lo de los demás.

El egoísta se ama excesivamente a sí mismo y no busca sino su propio interés, pero por ironía de la suerte es el que más carece de todo. Nunca está satisfecho ni de sí mismo ni de lo que tiene. Es decir, aunque tenga muchos bienes materiales, le queda faltando en la vida lo más esencial: el calor humano de quienes lo rodean o conviven con él. Poco a poco se va quedando aislado, solo. Así es que por querer tenerlo todo, se queda con nada. ¿De qué le sirven a uno, en efecto, los objetos materiales, si carece de la amistad, amor y aprecio de los demás?

Los padres, por su misma naturaleza de padres, no pueden ser egoístas. Todo lo contrario: trabajan casi solo por los hijos y para los hijos.

Pero, sin darse cuenta y equivocadamente claro está, pueden fomentar el egoísmo en sus hijos. Sucede esto, por ejem-



plo, cuando a cada uno le van dando lo que necesita, y a todos les enseñan que deben respetar lo de cada uno: este juguete es para ti. Los demás no lo deben usar. Para eso se le compra a cada uno el suyo.

Es bueno enseñar que hay que respetar las cosas de los demás, pero al mismo tiempo hay que inculcar el espíritu de generosidad. Yo debo respetar lo del otro, muy bien. Pero lo mío debe estar al servicio de los demás.

Como la escuela primera del niño es el hogar, y los padres los primeros educadores, éstos deben educar a sus hijos de tal manera que no haya en ellos la más mínima sombra de egoísmo, porque eso les traerá muchos sinsabores en la vida y grandes amarguras.

El egoísta vive, efectivamente, amargado porque nunca estará satisfecho de lo que tiene. Como el amor por sí mismo es inmoderado y excesivo, siempre estará pretendiendo para sí en demasía. Y en todo. En lo referente a los afectos, sucede lo mismo, y las consecuencias son peores que en lo que se refiere a lo material.

Del egoísmo, por ejemplo, nace muchas veces ese defecto tan perjudicial en las relaciones, como son los celos. Claro está que los celos provienen del temor de perder a la persona amada, y esto es natural. No es defecto. Pero cuando se extralimitan, se pueden convertir en tragedia. Se sufre, pues, y se hace sufrir.

Todo lo que se haga por fomentar la generosidad y evitar el egoísmo es poco, porque es muy importante, no sólo en el ámbito familiar sino en todas las relaciones humanas. Tenemos, en efecto, que convivir con los demás: debemos servirnos y no tratar solo de ser servidos.

CAPITULO IV

Cómo fomentar el amor

¿Qué hace que nuestro amor por una persona aumente? Pues eso mismo hagamos con los demás. Se dice que "amor con amor se paga", y es muy cierto. Si uno ve que una persona lo ama a uno con amor verdadero y que, por lo tanto, le da confianza, lo comprende, lo ayuda, no lo engaña y hasta está dispuesto a dar la vida por nosotros, sin duda alguna nuestro corazón no puede quedar insensible como si nada se nos hubiera dado.

Conviene, pues, que en nuestras relaciones familiares pongamos todo el empeño para que haya siempre más y más amor. Amor entre los esposos, amor entre padres e hijos, amor entre hermanos.

Con el amor se suavizan las penas, con amor se solucionan todos los problemas. Un hogar con mucho dinero puede convertirse en un pequeño infierno, si no hay comprensión y amor entre todos los miembros. De nada, pues, sirve el dinero, si no hay felicidad. La fuente de felicidad hogareña es el amor.

De igual modo, en una familia se puede carecer hasta de lo más indispensable y, naturalmente, se sufre. Pero si todos

están unidos por el amor, hay felicidad. Por eso es indispensable que todos tengamos en grande aprecio este vínculo de unión, y que pongamos de nuestra parte todo lo que lo fomenta o lo aumenta.

Ninguno de los miembros del hogar puede considerarse exento o libre de este deber, porque basta que alguien falle para que toda la familia sufra. Y sufre precisamente porque se ama, y, cuando se ama, se desea el bien de todos.

La familia es como una máquina: está compuesta de muchas piezas, de muchos tornillos. Si cada una de las piezas, hasta el más pequeño tornillo, se daña, sufre el conjunto. Algo está fallando. Por alguna piececita la máquina no funciona bien. Por eso el empeño debe ser de todos, sin excepción.

Fidelidad entre los esposos

Al hablar de los enemigos del amor, quedó la indiferencia como uno de los polos opuestos al amor. Ahora bien, la indiferencia se posesiona del corazón de una persona cuando el amor comienza a inclinarse hacia otro objeto. Puede comenzar por una inocente simpatía, y hasta aquí no hay nada de malo. Pero si se le da cuerda a la simpatía, puede transformarse en amorío; y como la prohibición es causa del apetito, fácilmente el corazón se va enfriando para con la esposa o el esposo, y el calor va creciendo hacia la otra persona.

A este punto ya se ha caído en la infidelidad: infidelidad del corazón, de la cual depende todo el resto. La separación definitiva, inclusive. Ya no se respetan leyes, ni de Dios ni de los hombres. Los ejemplos abundan, infortunadamente. Cito uno no más: Los dos jóvenes se casan, se prometen mutuo amor y fidelidad. Llega el primer hijo, un encanto.

Está para venir el segundo, cuando el marido comienza a demostrar indiferencia. Y brutalidad.

¿Qué ha pasado? El marido me confiesa que tiene otro hijo de otra mujer. Su corazón está dividido. Y también el bolsillo. Por eso la esposa legítima no sólo se queja de la falta de responsabilidad en lo económico, sino del mal trato.

El verdadero amor es fuerte como la muerte, más fuerte que la muerte, o, en otras palabras, ni la muerte puede acabar con él. Entonces, ¿qué pasa? Que no hubo verdadero amor, y sucedió lo que tenía que suceder. En el ejemplo, la esposa dijo precisamente haberse equivocado. Pero era ya demasiado tarde.

Son relativamente pocos los matrimonios con verdadero amor. Por eso hay que hacer todo lo posible para que ese amor no se vaya extinguiendo, sino, al contrario, se vaya convirtiendo en verdadero amor: más fuerte que la muerte.

Para lograrlo es necesario que cada uno de los esposos vaya poniendo de su parte todo lo humana y espiritualmente posible para fomentar el amor. Por ejemplo, la comprensión. Yo necesito de ti... Tú necesitas de mí... Nosotros nos necesitamos. El otro no es un ser perfecto, tampoco lo soy yo; y así como deseo, quiero y exijo que se me comprenda, también tengo yo que comprender al otro.

Sucede muchas veces que el marido llega del trabajo malhumorado por disgustos o fracasos que ha tenido con sus colegas. Sin pensarlo, llega a su hogar y descarga su tensión nerviosa con la mujer. Esta, si no es comprensiva, se pone a la defensiva, y se forman dos frentes. Palabra va, palabra viene, miradas airadas para acá, y miradas más airadas para allá. Amor lo hay, pero la incomprensión lo puede perjudicar todo.

La esposa comprensiva e inteligente, cuando nota que su esposo llega tensionado, de malhumor, lo comprende y

calla. Lo llena de atenciones y de más cariño. Sin afectación. Digo esto, porque en veces es mejor el alejamiento y el silencio, mientras se calma la tempestad interior del marido, que rodearlo de caricias que él, en ese momento, no está para recibir.

Pasada la tempestad, él caerá en cuenta de su mal obrar, de que no debe descargar sus tensiones en el hogar y comprenderá y apreciará el comportamiento sabio y prudente de su esposa. Se le aumentará el amor por ella y por todo el hogar.

Igual comportamiento debe mantener el esposo, cuando la tensión es de ella. Si trabaja afuera, le puede suceder lo que al marido. Y si permanece en casa, hay más motivo de tensión por la permanencia en casa, con el continuo ajetreo con los hijos, con la muchacha de servicio o con los quehaceres de la casa.

Es bueno también tener en cuenta los gustos de cada uno; si al esposo le disgusta ver o encontrar los niños mal vestidos, sucios y desarreglada la casa, trate la esposa de tener todo en orden para cuando él llegue. Si él sabe que a su esposa la saca de quicio su llegada tarde, trate de salir de su trabajo y regresar a casa lo más pronto que le sea posible; y si por algún motivo tiene que demorarse por trabajo, negocios o sencillamente por estar con los amigos, avísele que se demora un poco. Son detalles que ella agradece y que sirven de mucho para fomentar el amor y la comprensión.

Otro comportamiento digno de tenerse en cuenta es el relativo al trato con los hijos, o, en otras palabras, no quitarse autoridad. El padre debe respaldar la autoridad de la madre, y esta debe respaldar la autoridad del esposo. Las contraórdenes son perjudiciales en la formación de los hijos y en el crecimiento del amor entre los esposos.



El tema daría para más, como los anteriores y como todos los relacionados con el hogar; pero estas sencillas consideraciones pueden servir de base para que las relaciones entre los esposos sean siempre más armoniosas y contribuyan para el mantenimiento y crecimiento del amor.

De padres a hijos

Cuando los esposos se aman y se preocupan porque su amor vaya aumentando, ya están haciendo gran camino en lo relativo a los hijos. Quien bien comienza, ya ha recorrido mitad de camino.

Sobre el amor de padres a hijos hay poco por decir, puesto que por ley natural, como quedó dicho atrás, no pueden menos de amarlos, siendo sangre de su sangre. Tal vez suceda que, por falta de instrucción, no sepan demostrar ese amor sino todo lo contrario, por lo que los hijos creen que sus padres no los aman. Es falso. Tal vez no sepan demostrar el amor, pero aman.

Lo que sucede es que a los padres se les olvida que ellos también fueron niños, y pretenden que los hijos se comporten como adultos, igual que ellos. De ahí a veces puede nacer en los hijos la falsa idea de que sus padres no los quieren. Se trata, pues de incomprensión de parte y parte.

Lo mismo sucede cuando los padres pretenden que los hijos sean siempre niños, siendo en realidad jóvenes y adultos. Se les olvida que los niños crecen y que hay que tratarlos como personas adultas.

Así como los padres, para fomentar el amor entre sí, deben comprenderse en sus defectos y en sus gustos, también deben tratar de comprender a los hijos. Si no lo hacen y se vuelven intransigentes, los hijos van a creer que sus padres no los aman.

Insisto: los padres aman a sus hijos, pero a veces no saben demostrarlo. Algunos creen que demuestran amor, dándoles dinero. "Aquí tienes tu colegio, aquí tienes tus libros, aquí tienes tu ropa, tu alimentación y más dinero para gastos extras. ¡Misión cumplida!", dicen los padres. Pero, eso sí, ¡ay de quien levante la voz! ¡Aquí fue Troya! ¡Ay de que alguien desobedezca en lo más mínimo! Sucede un pandemónium en el hogar: el uno grita, la otra chilla y el de más allá berrea. Entre llantos y gritos, nadie se entiende y todos están convencidos que tiene la razón el que grite más fuerte.

Entre tanto bullicio y reproche de bando y bando, ¿habrá amor? Claro que lo hay. Hay amor, pero también mucha incomprensión. Por esto es necesario que los padres demuestren su amor a los hijos y lo demuestren bien. No se demuestra amor, por ejemplo, cuando los hijos tiemblan a la llegada del padre. ¿Por qué? Porque cuando llega, comienza una retahíla de reproche al uno y al otro, y pretende que todos marchen como soldaditos de plomo movidos por una máquina eléctrica.

Esto sucede especialmente cuando se ha inculcado en demasía el respeto por los padres y las personas mayores. Y está bien que se enseñe el respeto, pero sobre todo el amor. El respeto viene espontáneamente del amor y no al revés.

La mamá, sin duda por falta de buen sentido e instrucción, es la causa de algunos reveses. Por ejemplo, cuando exige a los hijos máxima compostura, silencio, orden, "porque llega papá". Los pone, digamos, en tensión porque llega el padre. Y está bien que se preocupe por el buen orden en todo para cuando llegue el esposo; pero sin sustos de ninguna clase. El temor perjudica al amor y confianza de los hijos para con los padres.

La llegada del esposo y padre debe ser motivo de alegría para todos, y los temores son enemigos de la verdadera alegría. Pero el señor padre y el señor esposo, por su parte, debe ganarse esa alegría con la cual desea ser recibido. Debe transigir, debe comprender, cuando encuentra algo desagradable. Su saludo no debe ser un grito ni un regaño. Ya llegará el momento de hacer, de buen modo, las observaciones que crea necesarias. Así será más obedecido y complacido, y siempre por amor, nunca por temor.

De hijos a padres

La tarea de fomentar el amor en el hogar no es exclusiva de los padres. También los hijos deben colaborar; también ellos, que reciben amor, deben darlo y deben demostrarlo. Al igual que los padres que no solo deben tener amor, sino demostrarlo, los hijos deben demostrar ese amor a sus padres.

El amor no se manifiesta solo con palabras. De nada sirven las palabras, cuando los hechos demuestran lo contrario. "Si me aman, cumplen mis mandamientos", les dijo Jesús a sus seguidores. Igual sucede en la vida del hombre: el amor debe transformarse en vida, en obras.

Los modos de manifestar el amor a los padres varían, porque cada uno tiene su manera especial, sobre todo de acuerdo con las circunstancias y las personas. A un padre, por ejemplo, se le puede manifestar el amor con demostraciones de cariño por medio de caricias; a otro, en cambio, no le gustan las caricias. Entonces todo cambia según las personas.

Pero tal vez hay una manera general, es decir, que sirve para todos: la obediencia, la docilidad, el aprecio, la gratitud. Los padres les dan a los hijos todo lo que necesitan,

y sufren cuando sus posibilidades económicas no se lo permiten. De esto deben ser conscientes los hijos para no ser exigentes y, sobre todo, para comprender el sufrimiento paterno cuando no les puede proporcionar a los hijos todo lo que necesitan. Tal vez no lo digan, tal vez no se les note. Pero sufren, porque su mayor deseo es el de darles las mayores comodidades: techo, alimentación, vestido, estudios.

Y no piden nada por esto. Su mayor satisfacción es la prosperidad de los hijos. Ellos quieren que sus hijos sean más que ellos. Se sienten satisfechos, cuando ven que el esfuerzo por los hijos no ha sido en vano.

Por eso la mejor manera de demostrar amor es la correspondencia por parte de los hijos, tratando de aprovechar lo que los padres les dan para su vida material e intelectual.

Cuando uno ama a una persona, desea ardientemente verla feliz, satisfecha. Por consiguiente, el amor de los hijos se manifiesta procurándoles a los padres esa felicidad. Ellos son felices cuando ven que sus hijos son personas de bien, correctas, responsables.

En no pocas familias hay hermanos que se tienen envidia por gozar unos de más amor paterno y materno que otros. "Mis papás aman más a Fulano que a mí". No es verdad. El amor es igual para todos. Lo que pasa es que unos aventajan a otros en correspondencia. Por ejemplo, uno de los hermanos es más responsable, más correcto, más juicioso en todo: en el trato con los demás hermanos, en la obediencia, en el cumplimiento de su deber. Otro, en cambio, llega tarde, cuando llega... y casi siempre con sus tragos; no ayuda a nadie y solo quiere que se le sirva a él, como si fuera el rey del universo. Al pedir un favor, nunca se le ocurre decir **por favor**; sencillamente manda, ordena. Y con despotismo.

Los padres aman a todos por igual. Y tal vez más a los más descabellados, como a los más enfermos. Pero, lógicamente, su comportamiento es diferente para con el uno y para con el otro. Se alegran cuando llega el juicioso, que trae alegría al hogar; y se alegran menos, pero se alegran, cuando llega el que no trae alegría sino angustia a la familia.

A este precisamente es a quien atormenta la envidia y sostiene que todo el amor de sus padres va para su hermano, mientras que a él no lo quieren. No es justo el reproche, porque lo que pasa es que él no se quiere dejar querer. Solo exige, sin dar y, por lo tanto, está demostrando falta de verdadero amor.

El buen comportamiento, pues, de los hijos es una de las mejores maneras de demostrar amor a los padres. Y de aumentar el amor. Buen comportamiento en todo: en el cumplimiento de su deber en los estudios, si estudia; en el trabajo, si trabaja; en el trato con los padres y con los hermanos. Y con los amigos.

Los hijos son el orgullo de los padres, y estos se sienten bien pagados viéndose reflejados en sus hijos como en un hermoso espejo. Procurarles esta satisfacción es signo de verdadero amor.

Otra manera de manifestar verdadero amor a los padres consiste en vivir armoniosamente entre hermanos. Si hay algo que haga sufrir a los padres son las riñas entre hermanos, cuando viven como perros y gatos. O peor aún, porque hay gatos que duermen profundos sueños arrunchados con los perros; en cambio, hay hermanos que son incapaces de decirse una palabra amable o de dirigirse una mirada amigable, cariñosa: son enemigos irreconciliables. Es lo que más hace sufrir a los padres y, como quedó dicho anteriormente, si uno ama a una persona, no quiere verla

sufrir, ni menos hacerla sufrir. La conclusión es clara: si las peleas entre hermanos hacen sufrir a los padres, nuestro amor de hijos se manifiesta en la convivencia armoniosa y amorosa entre hermanos.

Las maneras de manifestar el amor de hijos a padres son, pues, muchísimas, y no hay que desperdiciar ninguna. Por ejemplo, cuando los hijos, ya adultos, siguen consultando a sus padres los problemas que se les van presentando en la vida, les causan satisfacción, porque a más de amor, les están demostrando aprecio. Los padres, en efecto, se quejan a veces de que sus hijos los aman cuando son pequeños, pero que, a medida que van creciendo, se van alejando de ellos. Ya no necesitan del bolsillo de los papás y, entonces, se independizan y se convierten en seres extraños, superiores, que miran solo de arriba para abajo, porque o saben mucho o porque tienen mucho, sin darse cuenta que como personas e hijos tienen poco.

Entre hermanos

En el capítulo segundo vimos cómo es necesario el amor entre todos los miembros del hogar para que este sea feliz. Se habló también, específicamente, del amor que debe reinar entre los hermanos.

No se trata de repetir aquí lo dicho allá. Aquí, concretamente, vamos a ver algunas indicaciones prácticas para fomentar el amor. Y, naturalmente, no debemos olvidar lo dicho sobre los enemigos del amor, porque conociéndolos, fácilmente los podremos atacar y, como consecuencia lógica, estaremos fomentando el amor, que es lo que nos interesa en este capítulo.

Vimos que el egoísmo es uno de los principales obstáculos para el verdadero amor. Por tanto, si queremos con-



tribuir en la felicidad del propio hogar con el amor fraterno, tenemos que librar una lucha a muerte contra nosotros mismos, contra nuestro propio egoísmo, de tal manera que todos tratemos de ayudarnos mutuamente. ¡Es de lo más bello que se pueda admirar en un hogar!

Uno de los medios para fomentar el amor entre los hermanos es la ayuda mutua y desinteresada. ¿Qué nos sucede a nosotros, cuando encontramos en nuestra vida una persona que está siempre dispuesta a ayudarnos incondicional y desinteresadamente? Pues que por ella sentimos reconocimiento, amor, amistad. Ahora bien, si esto sucede en las relaciones humanas, mucho más tratándose de ayuda entre hermanos.

Hay familias en las cuales encontramos verdaderos ejemplos de amor que se manifiestan en el servicio desinteresado. Son bellos ejemplos. Edificantes para todos.

Cuando los hermanos se ayudan y el uno se desvive por el otro, casi nunca hay peleas entre ellos. Por eso he puesto el servicio como primer medio de fomentar el amor entre los hermanos.

Alejar la envidia es otro medio práctico y eficaz. Todos debemos alegrarnos del éxito de los demás, y con mayor razón si se trata del éxito de nuestros propios hermanos. Esto fomenta el amor, como lo disminuye la envidia. El envidioso no tiene amor, y el envidiado, al darse cuenta del sentimiento adverso del hermano, va dejando enfriar también su corazón. Por eso, si queremos que reine el amor entre hermanos, hemos de luchar contra la envidia, sin descanso. Al contrario, los éxitos y las alegrías de nuestros hermanos deben ser también los nuestros.

—No hay que olvidar el caso de Caín, y ciertamente no nos gustaría parecernos a él; sin embargo, sin llegar a lo

que él llegó, es fácil imitarlo, sobre todo cuando nos acostumbramos a ver más el mal en los demás que en nosotros mismos: vemos la paja en el ojo ajeno y no nos fijamos en la viga que hay en el nuestro.

Otra manera de fomentar el amor entre hermanos consiste en saber perdonar las ofensas. Como quedó dicho atrás, es muy fácil que haya peleas entre hermanos. Es casi inevitable. De ellas, infortunadamente, nacen divisiones y alejamientos. Por eso, si queremos que se mantenga el amor, a pesar de los disgustos fraternos, la mejor manera es la de echarle agua al fuego. Pasó la llamarada, el amago de incendio, ahora ya no quedan sino pocas cenizas. Dejar que se las lleve el viento del olvido es una regla de oro en las relaciones humanas y fraternales.

El buen trato mutuo es también muy importante para que el amor no sufra mengua o se debilite. Se dice que más moscas se atraen con una gota de miel que con un barril de vinagre, y es muy cierto.

Con modales ásperos, con palabrotas e insultos no se atrae a nadie; en cambio, con delicadeza, con aprecio y respeto hacia la persona, nos la ganaremos fácilmente.

Conozco unas personas, hombres y mujeres, que se la pasan lamentándose del poco afecto de sus hermanos. "Nadie me quiere, cuando llego a casa todos me hacen mala cara". ¡Pobrecitas estas personas! Se creen víctimas, cuando en realidad son victimarios. O, mejor, son víctimas de su propio invento, porque llegan echando rayos y centellas, y ya sabemos que quien siembra vientos recoge tempestades. No hay nada qué hacer.

Los detalles

Terminemos este capítulo sobre los modos de fomentar el amor con algo que a todos, o a casi todos, nos gusta: los

detalles. Son algo insignificante si se quiere, pero de gran valor. Recibe, por ejemplo, una persona un presente de otra muy humilde. Un regalito sencillo y quizá de poco uso o valor. Pero se lo agradece y se lo aprecia por el detalle.

Ya cité el caso de las señoras que veían demostrado el amor del marido en los detalles. Los detalles les hablan del amor, y se sienten un poco defraudadas cuando al marido se le olvida la fecha de la boda, el cumpleaños, etc., o se acuerda de esos aniversarios y los deja pasar inadvertidos.

Como la tarea de fomentar el amor es de todos, también los hijos deben tener en cuenta el aniversario de la boda de sus padres y hacerles pasar un día muy especial, con alguna sorpresa, con algún detalle.

Los cumpleaños del padre y de la madre son también fechas que hay que recordar y festejar. Ocasiones de estas no hay que dejarlas pasar inadvertidas, porque son las más propicias para demostrar el amor que se les tiene a los padres. Hay veces que los hijos no hacen nada, porque desean hacer mucho y no quieren ofrecer bobadas. Prefieren, entonces, limitarse al simple saludo y augurio de "Feliz cumpleaños". No. Lo que se agradece no es tanto el objeto en sí, cuanto el detalle.

También los hijos cumplen años. Los padres y los hermanos deben festejarlos con algo especial, al fin y al cabo esto no sucede sino una sola vez al año. Pero el detalle de recordar, al menos recordar, la fecha del cumpleaños de cualquiera de los miembros de la familia, sirve para afianzar el amor, vínculo de unión.

Las ocasiones, pues, de demostrar afecto, amistad y aprecio, son muchas, y sirven también para fomentar el amor:



aniversario de la boda de los padres, cumpleaños de ellos, cumpleaños de los hermanos, fiesta de la madre o del padre que la sociedad de consumo se encarga todos los años de recordarnos... La misma enfermedad de algún hermano que ya no vive en el hogar paterno y a quien hay que ir a visitar, el grado de bachiller o de profesional de alguno de los hermanos, etc. Todo nos debe servir para aumentar el amor y la amistad entre todos. Y bastan cosas sencillas. Nadie exige regalos costosos; uno se alegra solo con el recuerdo, porque el recuerdo es ya un detalle. Una bobadita se convierte en algo muy apreciable que mueve el corazón y lo calienta.

Todos deseamos tener un hogar feliz, en donde reine la alegría, la comprensión, la paz, el amor. Pero a veces hacemos muy poco para lograrlo, o, peor aún, exigimos a los demás lo que no ponemos de nuestra parte.

Seguramente todos conocemos hogares en donde por la incomprensión se vive como en un pequeño infierno. Me tocó una vez presenciar una casi guerra civil familiar. Comenzó por un desacuerdo tonto, se acalararon los ánimos, vinieron los gritos, los llantos, la casi tragedia. No hubo vencedores ni vencidos, aunque en estas luchas de familia todos son perdedores, quiéranlo o no.

Poco después de haber quedado todos tendidos en el campo de batalla, vino la Navidad. Cada uno, por su cuenta y espontáneamente, preparó un regalito para los otros. Fue un mutuo dar y recibir pequeñas cosas, ofrecidas con cariño. Abundaron los detalles que todos apreciaron. Se restableció la paz y desde entonces se comprendieron muy bien. ¡Lo que pueden los detalles!

CAPITULO V

Importancia y necesidad del diálogo

De algunos años para acá se habla mucho del diálogo, sobre todo porque el Concilio Vaticano II lo recomendó para la unión de las Iglesias. Es, pues, como un instrumento de unión. “Es necesario, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir —con fecundidad siempre creciente— el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo”.

Podemos aplicar perfectamente esto a la familia, al hogar. Aquí encontramos las características, o si se quiere las condiciones para el verdadero diálogo: **estima, respeto, concordia**. Sin esto el diálogo es imposible. Porque no se trata solamente de discusión, ni de “plática entre dos o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos”, como lo define el diccionario.

Diálogo es algo más: es aceptación del otro y, para ello, es necesaria la estima, el respeto y la concordia. En realidad, en la familia como en la Iglesia, los lazos de unión son más fuertes que los motivos de división; y la regla que se da para los fieles vale exactamente para los miembros de la familia, y es una regla de oro: Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo. Es magnífica, y si la ponemos en práctica, evitaremos muchos disgustos y muchas penas, con todo y sus consecuencias.

En efecto, cuando no hay armonía y unión entre todos los miembros de la familia, los hijos, aburridos de tantas peleas e incomprensiones, se alejan del hogar demasiado pronto. A veces se escapan siendo todavía niños, o se casan precipitadamente.

Esto se evita hablándonos y entendiéndonos. Porque no basta hablar: eso no es diálogo. Ni discutir. Cuando nos reunimos en familia para hablar y discutir, sin saber dialogar, podemos levantarnos más divididos que antes. Si, en cambio, sabemos dialogar, la unión saldrá fortalecida. Por eso, como lo dice el Concilio para la Iglesia, debemos aplicarlo aquí para la familia, porque para promover el diálogo hay que tener, ante todo, en cuenta que se requiere la mutua estima, el respeto y la concordia.

“El diálogo conyugal —dice E. Meneses— es medio importante para la integración familiar, si reúne las condiciones de respeto auténtico y madurez básica de ambos cónyuges. De otra suerte, la relación entre los esposos se presta para innumerables choques. En este caso, el diálogo difícilmente florecerá en una unión profunda. Pero si existe una madurez básica, la posibilidad de compartir sus vidas, de participar en sus sentimientos, de comunicarse sus experiencias, se convertirá en fuente inexhausta de enriquecimiento mutuo. Sobreviene una asimilación de intereses, una

identificación mutua, un descubrimiento de nuevos aspectos en cada uno.

“Nada hay más útil para fomentar la unión de los cónyuges que el diálogo o la conversación creadora. El don físico del propio cuerpo debe ir acompañado del don de los propios pensamientos y sentimientos. Este don no es fácil, y menos aún en nuestra sociedad moderna en la cual escasean las ocasiones adecuadas para la conversación entre los esposos. Esta conversación entre dos personas que se aman proporciona a ambas la ocasión de expresar sus pensamientos y sentimientos más íntimos y para seguir explorando juntos nuevos horizontes en su vida. En la comunicación verbal vale la pena cualquier esfuerzo.

“En la diaria comunicación, el marido y la mujer se crean uno al otro. Por su amor, el marido crea a la esposa en cuanto esposa, la cual se hace más amable. Ella reacciona a su vez como la planta que recibe la luz del sol, y descubre nuevos aspectos de su personalidad.

“Grande es la felicidad de los esposos que por medio del amor han permanecido siempre en comunicación mutua, se han conocido y se han enriquecido. Y como nada bueno queda en esta vida sin recompensa, podrán ver que su amor florece en sus hijos los cuales llevarán más adelante a sus respectivos hogares la mejor de las herencias: el convencimiento de que el amor fundado en el respeto mutuo es el don más maravilloso que les ha sido dado a los seres humanos”.

Ir desarmados

“Desgraciadamente —dice P. Lombardi—, son hoy muchos los que, presentándose al diálogo o, peor aún, evitándolo como si fuera enteramente inútil, toman partido

por uno de los extremos sin aceptar que en la otra postura pueda encontrarse ni un solo rayo de luz, que los haga tener también a ellos un poco más. Conservadores a ultranza, para los cuales el supremo argumento es que durante mucho tiempo se procedía de una cierta forma, y todo marchaba bien...; progresistas porque hay que ser progresistas, para los cuales la decisión de cambiar es algo que ya está tomado antes de considerar cualquier razón que incite a otros a pensar diversamente”.

La intransigencia es enemiga acérrima del diálogo. Por eso, si queremos de veras contribuir a la armonía familiar por medio del diálogo, tenemos que, ante todo, deponer las armas. Ir desarmados, en otras palabras. Si nos presentamos firmemente aferrados a nuestras ideas, si creemos que las únicas razones justas son las nuestras y que nuestros puntos de vista deben ser respetados y aceptados por los demás, el diálogo es imposible.

No es difícil desarmarnos, si somos inteligentes. Es decir, si sabemos comprender que la razón no está toda de nuestra parte y que la falsedad está de la otra. Gústenos o no, la verdad la tiene también nuestro interlocutor. No somos los únicos poseedores de la verdad, ni menos de toda la verdad.

Mucho se habla hoy de las diferencias generacionales, es decir, los mayores sostienen que “todo pasado fue mejor” y que ellos son los que tienen la razón. Son los poseedores de la verdad. A los jóvenes no les dejan ni una brizna de verdad. Están equivocados, según ellos. Y los jóvenes, a su vez, tratan a los mayores como personas retrógradas, engeguedas porque no se dan cuenta que los tiempos han cambiado. “Nuestros tiempos no son sus tiempos”, les reprochan. “Es bastante probable —añade Lombardi— que en aquella comunidad en la que se advierta una áspera

división entre jóvenes y mayores, ni la razón ni la equivocación esté en una sola parte; pero es también posible que, en determinados casos resulte evidente que son los mayores los que se están equivocando más gravemente, por un desmesurado afán de legalismo que hoy día ya no se puede sostener; y que se den en cambio casos en los que sean los jóvenes los que están en un error aún mayor, dando pábulo a una insoportable agresividad. El acuerdo justo no consistirá entonces solamente en abrazarse, sino en decir a los jóvenes que respeten lo que debe ser respetado, y de lo que ninguna posición ideológica puede dispensarlos: un mínimo de caridad, si no ya de educación”.

Depuestas las armas, encontraremos más fácilmente el camino para el verdadero diálogo. Nos sentiremos, inclusive, más aligerados de un peso. Más liberados y dispuestos, por tanto, a escuchar al otro. Y a aceptarlo como es; a aceptar con respeto la parte de razón que también a él lo acompaña.

El diálogo no es discusión, pero tal vez convenga poner aquí una página de los doctores Samuel Lieberman y Horacio Jinich, sobre el modo de comportarse en las discusiones. Es algo muy práctico y de mucha utilidad. Dicen: “¡No discutan cosas sin valor! ¡No discutan todo, todo... como lo hacen muchos! ¡No discutan mucho, ni largo tiempo, ni enconadamente, ni con fuego! ¡Solo discutan cosas importantes, en forma suave, en voz baja, lentamente, y poco tiempo! ¡Cuando noten que la discusión sube de tono y de calor, córtenla, o no contesten más, o dense por vencidos y obedezcan al otro! Esto es mucho más sano, porque la discusión sin límites es una trampa muy peligrosa para todos. ¡Denle la razón al otro! Además, no es razón, sino un sentir diferente. ¡No ganen razones! Eso no vale mucho. ¡Prefieran ser felices y vivir en armonía! El hogar no es una cátedra de lógica ni competencia de razones. El hogar es una nave

que hay que llevar adelante en aguas muy tempestuosas. Pierdan en razonar dudoso y confuso, y ganarán en paz, en salud y en bienestar de todos los seres queridos y amados. ¡O no discutan, o discutan poco, y solo suave y lentamente, en voz baja! Es preferible decir: "Tú tienes de veras la razón; lo reconozco... pero yo te lo pido como un favor especial, aunque no tenga la razón". Eso es pedir y no exigir. Eso resulta y no encona.

El diálogo nos enriquece

Para saber dialogar se requiere, a más de lo dicho anteriormente, "el dominio de las pasiones, y especialmente del orgullo, la renuncia a la susceptibilidad, al egoísmo" o, en otras palabras, una verdadera madurez psicológica. Con niños pequeñitos, por ejemplo, no se puede dialogar. Y eso nos pasa cuando tenemos que habérnoslas con personas de treinta, cuarenta y más años, pero inmaduras psicológicamente. Por más buena voluntad que pongamos, nos será imposible entablar un diálogo propiamente dicho. Es importante, pues, el dominio de nuestro orgullo y de nuestra susceptibilidad, so pena de pasar por niños viejos, inhabilitados para el diálogo.

"Así como Dios no sería Dios si el Padre no comunicase eternamente su naturaleza al Hijo, y si el Padre y el Hijo no comunicasen su común naturaleza al Espíritu Santo, y así como las Personas divinas no serían personas sin este mutuo darse y recibirse en la unidad recíproca esencial, de la misma manera, muy imperfecta pero con cierta analogía, tenemos nosotros la necesidad de darnos a los demás generosamente y de recibir lo que en ellos hay de positivo, para que nuestra personalidad se realice de manera plena, en una comunidad que tiende hacia la unidad. Es lo que, de

manera sublime, tiene lugar en el diálogo, cuando se realiza como se debe, y en el cual el dar y recibir se refieren no solo a cosas materiales insignificantes, sino a la mente y al corazón, a la verdad y al amor”.

Esto, naturalmente, se logra solamente cuando hemos madurado psicológicamente, esto es, hemos dominado nuestras pasiones, especialmente el orgullo y el egoísmo.

Así preparados, las puertas para el diálogo están abiertas de par en par, y nos vamos a beneficiar todos. Por medio del diálogo, en efecto, se logra la armonía entre los miembros del hogar, y con la armonía se logra la felicidad. Porque a pesar de las penas y sinsabores de la vida, e inclusive los graves problemas que se presenten, podemos hablar de hogar feliz, si en él reina el amor.

Con el diálogo no solamente se obtiene la armonía familiar, sino que cada uno de nosotros, en particular, nos enriquecemos. Sabemos que la verdad, y la razón, no está toda de nuestra parte; algo les debemos dejar a los demás. Pues bien, si esa parte de verdad del otro viene a nosotros, quedamos más enriquecidos.

Es lo mismo que sucede en los campos, con sus siembras y el sembrador. El agricultor ha pasado su vida sembrando siempre la misma semilla y cosechando sus frutos. No conoce sino esa semilla. Cree que es la mejor, porque le da sus frutos, y porque no conoce otras. Pero viene otro agricultor y, sin desvalorizar las semillas del primero, le hace conocer otras de mejor calidad y que unidas a las primeras darán mejores y más abundantes frutos. El agricultor se ha enriquecido. Si las acepta, claro está.

El hidrógeno, para citar otro ejemplo, nunca producirá agua, ese elemento indispensable para la vida del hombre, de los animales y de las plantas. Pero si lo combinamos con el oxígeno, sí obtendremos el agua.

Algo así nos sucede a nosotros, cuando nos abrimos a las ideas de los demás: descubrimos en ellos esa parte que tienen de verdad. Si, en cambio, nos aferramos a nuestras propias ideas y creemos que la razón está solamente de nuestra parte, nos quedamos empobrecidos. De ahí la importancia de apreciar el diálogo y de poner de nuestra parte todo lo que haya de ponerse para hacerlo realidad.

Frutos del diálogo

Ante todo, la armonía entre las personas y, para nuestro caso concreto, la armonía en el hogar. No se trata de que todos pensemos lo mismo, no; se trata de respetar el modo de pensar del otro que, a su vez, respetará nuestras ideas y sentimientos.

Claro que para que haya verdadera armonía el diálogo debe ser sincero y auténtico; es decir, si exteriormente aceptamos, pero interiormente seguimos creyendo al otro en el error y nosotros nos colocamos en la verdad como únicos poseedores de ella, no ha habido verdadero diálogo, y la armonía es aparente. Para que sea verdadera, hemos de aceptar la parte de razón del otro. De este modo, obtendremos el otro fruto del cual se acaba de hablar: el enriquecimiento mutuo.

“Yo no había caído en cuenta de eso” nos decimos muchas veces cuando escuchamos las razones del otro. En realidad es así: no habíamos caído en cuenta, pero ahora sí comprendemos. Y al comprender y aceptar nos estamos enriqueciendo. Para ello, conviene insistir, es absolutamente necesario el desarme: deponer las armas, porque de lo contrario vamos en pie de guerra, a la defensiva y al ataque. No lograremos ningún fruto, porque el otro, por su parte, también se pone a la defensiva. En vez de diálogo, enton-



ces, habrá discusión. Y de la discusión no se sacan buenos frutos.

El otro fruto del diálogo es el **reconocimiento de nuestros errores**. Tal vez no lo habíamos pensado antes, "no habíamos caído en cuenta", creíamos que toda la verdad estaba de nuestra parte, y el diálogo nos hace descubrir que así como teníamos parte de razón, teníamos también parte de error. ¡Cuántos disgustos, cuántas peleas se evitarían en familia, si todos nos colocáramos en esa posición de diálogo, o sea, de aceptación del otro y de reconocimiento de nuestros propios errores!

Con lo cual no se quiere decir en absoluto que se deba renunciar a la verdad en beneficio del diálogo o de la comprensión. Es otra cosa.

Se podría considerar también como fruto del diálogo esa **paz interior** que sentimos cuando comprobamos que hemos dialogado y nos hemos entendido con los demás. Quedamos satisfechos cuando nos damos cuenta que hemos sabido aceptar a los demás, respetarlos y reconocerles su parte de verdad y de razón.

Sentimos también satisfacción cuando por nuestro buen obrar, nuestro modo de pensar y de aceptar, nos damos cuenta que hemos madurado psicológicamente. Ya no somos niños viejos, sino adultos de verdad. También esto lo trae el diálogo.

Una palabra más sobre un fruto aparentemente insignificante: se **pierde el miedo para hablar**. A veces hay tímidos que nunca se atreven a hablar porque temen el reproche o las burlas de sus hermanos, y hasta de sus padres. Si en el hogar se sabe dialogar, no habrá tímidos, porque uno sabe que aunque diga una tontería, todos respetarán y con cariño le harán "caer a uno en cuenta" del error. Entonces se hablará con tranquilidad, confianza, sin miedo.

El diálogo, elemento integrador

Aunque encontremos algunas repeticiones, vale la pena dedicarle unas páginas más al diálogo conyugal y familiar con algunas sugerencias que nos da el Lic. Julio Sahagún al respecto: "Diálogo es la manifestación consciente y reflexiva, de lo que uno piensa y experimenta, consiguientemente de lo que uno es y la percepción también consciente y reflexiva de esa misma manifestación hecha por otra persona. Quien manifiesta sus pensamientos y experiencias tiene que hacerlo en forma que pueda ser percibido por aquella persona a quien esa manifestación se dirige. No toda manifestación es adecuada para toda persona; de ahí que no toda palabra sea igualmente adecuada para un niño que para un adulto, para un hombre, que para una mujer. Si la palabra que alguien expresa no es percibida, deja de ser diálogo para convertirse en una acción unipersonal, en un monólogo.

"Uno puede manifestar su interior, o sea lo que piensa y experimenta, por medio de palabras o acciones, y en ocasiones aun por medio de omisiones y silencios. Reconociendo que la palabra es la forma privilegiada y también indispensable de la expresión humana, insistiré en la comunicación que se realiza por medio de acciones, simplemente para destacar esta posibilidad que en la práctica se descuida con frecuencia, y que podría llegar a ser la solución en casos de incompatibilidad de caracteres y de graves diferencias en la trayectoria personal anterior del matrimonio. Entre dos personas que conviven íntimamente, el diálogo por medio de acciones u omisiones, adquiere importancia relevante. La esposa que prepara el desayuno con delicadeza y gusto, le está comunicando a su marido tantas o más vivencias que si platicara con él media hora. En muchas ocasiones una caricia puede ser más expresiva



que muchas palabras. Hacer un regalo es una manera de dialogar.

“Una persona solo podrá integrarse con otra, u otras, en la medida en que se perfeccione ya que solamente quien tiene capacidades podrá aunarlas para la consecución de una meta y objetivo comunes. Creo que nunca se insistirá bastante en la necesidad del perfeccionamiento propio como base para poder amar. No es que uno deba esperarse a tener un grado elevado de perfeccionamiento para comenzar a amar, porque el amor hace que las cualidades propias se desarrollen, pero en este proceso dinámico de integración el principio o punto de partida, es el perfeccionamiento propio.

“Para comprender mejor la importancia del diálogo en el proceso dinámico del perfeccionamiento propio, bastaría que pensáramos en un hombre joven que quisiera llegar a ser un buen químico, pero prescindiendo de todo lo que los químicos anteriores a él han ido descubriendo a lo largo de los siglos. Este hombre, al aislarse, acabaría por quedarse terriblemente pobre. Sus descubrimientos nos harían sonreír, sus adquisiciones nos parecerían pueriles. Difícilmente advertimos lo pobre, y tremendamente limitados que somos si nos aislamos, si prescindimos de todo lo que los demás pueden darnos; y no lo advertimos precisamente porque estamos rodeados de influencias, de noticias, de vivencias que nos enriquecen y hacen que nos desarrollemos.

“Este es el primer gran valor del diálogo: comunicarnos la infinidad de conocimientos y experiencias de los demás. Pero para que esa comunicación sea posible, se requiere que cada uno esté abierto, atento a la influencia de los demás.

“No basta que uno perciba la acción de las demás personas. Para que una idea se esclarezca y sobre todo para que se vuelva vivencia transformante se requiere que uno, a su

vez, la comunique por medio de la palabra hablada o escrita, o por medio de las acciones. De ahí que el diálogo no sea un simple escuchar atento y requiera la intercomunicación.

“Cuando damos un objeto nos deshacemos de él; en cierta forma lo perdemos. Cuando comunicamos una idea o una experiencia no la perdemos; sino que la readquirimos, la idea se nos esclarece, y la experiencia se revitaliza. En esta actitud, el hombre adquiere una especial semejanza con Dios; que al comunicarse no se empobrece, precisamente porque todas sus comunicaciones proceden del amor, o sea, son auténticas, no egoístas.

“El esposo y la esposa, por ser hombre y mujer, por venir de dos medios familiares distintos, por tener habilidades distintas, culturas distintas, vivencias distintas, al entrar en convivencia íntima, están destinados a enriquecerse recíprocamente, a lo largo de toda la vida, siempre y cuando realmente dialoguen. Siempre y cuando cada uno quiera manifestarse y percibir las manifestaciones del otro. Lo mismo sucede respecto de los hijos.

“Impide el diálogo todo aquello que vuelve a la persona egocentrista. Todo aquello que la aísla. En la vida actual hay un grave peligro contra el diálogo, y es el excesivo trabajo, más exactamente el cansancio excesivo y prolongado, porque esto hace que, en un mecanismo de defensa, la persona se repliegue en sí misma y se aisle. También impide el diálogo el miedo al ridículo, a la ira de la otra persona y sobre todo el miedo de comprobar dolorosamente que las propias opiniones y experiencias no son tomadas suficientemente en cuenta. Tengo la impresión de que estos dos obstáculos se dan con frecuencia entre los esposos, entre ellos y sus hijos. Bloquea totalmente el diálogo la mentira. Mentira es decir algo distinto a lo que uno realmente piensa o

experimenta. Es hacer algo distinto a lo que uno piensa que debería hacer, aparentar tener lo que uno realmente no tiene.

“La mentira crea inseguridad habitual, fomenta la pereza, pero sobre todo aísla y empobrece a las personas.

“Por último, impide notablemente la comunicación en la familia, crea la injusticia real o aparente. Quien tiene la impresión de que se procede injustamente con él, tiende a aislarse, y más mientras sea más pequeño o más inmaduro.

“En resumen, el diálogo conyugal y familiar, inspirado en el amor, es propiamente, el elemento integrador, tanto en lo humano como en lo cristiano. No creo poder decir nada que exprese más claramente la importancia decisiva que le atribuyo en la solución del problema que ahora estudiamos”.

Sugerencias para el diálogo

“Muchas parejas comprenden que es necesario ayudarse, pero reducen su ayuda al intento de corregirse el uno al otro de sus defectos. Además, hay mucho egoísmo en el deseo de que el cónyuge se corrija; porque eso no se ve en función de su propio bien, sino por evitar las molestias que acarrearán los defectos del otro, no suele ser buena táctica, porque bloquea la conversación íntima y lleva, con frecuencia, a crisis o pleitos que empeoran la situación, en lugar de mejorarla.

“En consecuencia, conviene que fomenten primero, entre ambos, un clima de benevolencia, más a base de hechos y actitudes que de palabras. Esto se logra tratando de descubrir todo lo bueno que hay en el cónyuge a partir de observar, con benevolencia, todo lo que hace bien a lo largo del día y cayendo en la cuenta de que eso bueno es mani-

festación de su personalidad y consecuentemente de su ser. Hay que aprender a descubrir lo bueno en las pequeñas manifestaciones del vivir cotidiano y tomar pie de ello para aumentar el amor hacia la otra persona y para darle gracias a Dios.

“Cuando se haya creado el clima de benevolencia, es muy conveniente tratar de ayudar a que el cónyuge adelante en sus buenas cualidades; para ello alentarle, alabarlo, facilitarle más el desarrollo de sus propias aficiones por medio de las palabras y creando continuas y nuevas oportunidades.

“Otro obstáculo para el diálogo suele ser la soberbia o una vanidad casi pueril. Se teme saber explícitamente lo que de hecho ya los dos conocen. Con esto no quiero decir que dos esposos hayan de decirse, en cualquier momento, todo lo que llevan dentro. La verdad ha de manejarse con prudencia y con amor. La verdad no es un garrote. Habrá casos en los que decir toda la verdad podrá contribuir a separar a las personas. Sucede, con los adultos, lo que con los niños: hay que decirles siempre la verdad, pero no siempre toda la verdad, sino la porción de verdad que en estas circunstancias concretas tenga una finalidad benéfica.

“Dialogar es comunicar algo a alguien. En otras palabras, al comunicar algo hay que tener en cuenta la situación concreta anímica y psicológica de la persona a quien uno se dirige. Esta precaución resulta más necesaria entre esposos, precisamente porque se trata de hombre y mujer y por la cantidad tan enorme de intereses creados y comunes entre ambos.

“En este sentido la armonía conyugal es una escuela en la que puede llegar a aprenderse lo único esencial para nuestra vida temporal y eterna, o sea a amar”.

CAPITULO VI

De las palabrotas y algo más

El comportamiento de toda persona debe ser correcto, impecable, en cualquier parte en donde se encuentre y con cualquier persona con la que trate. Sin embargo, muchos varían ese comportamiento de acuerdo con el lugar o las personas. En el templo o la iglesia, por ejemplo, se debe guardar compostura, silencio, devoción, y así se hace. En cambio, en la plaza de mercado, en el estadio, en las salas de cine, en los cafés, la gente generalmente se permite usar un lenguaje que no usaría ni en el templo, ni en reuniones de otra índole.

El hogar es o debe ser un templo, y como tal se merece todo respeto por parte de todos y cada uno de sus miembros. "Esto parece una plaza de mercado", se quejaba una vez un padre de familia entre airado y desilusionado. Efectivamente, todos gritaban y nadie se entendía.

El rector de un internado en donde cada alumno tenía su pieza personal les recomendaba el buen comportamiento y para lograrlo les decía: "Compórtense como si las pa-



redes fueran de vidrio y ustedes se encontraban rodeados de una gran muchedumbre". En el hogar podríamos hacer lo mismo: la familia debería comportarse como si las paredes fueran de vidrio y ustedes se encontrarán rodeados mirando a los padres, a los hijos y hasta a la persona de servicio. Entre otras cosas, porque del modo como se vive hoy, los vecinos saben cómo vive la familia de al lado, y uno se da perfecta cuenta del nivel cultural y social de su vecino por todo lo que oye. Las paredes no dejan ver, pero los gritos sí se dejan oír, y de ahí se puede deducir el resto. Inclusive, por solo este motivo, se debería hacer el esfuerzo de mejorar el tono de la voz, aun en medio de una fuerte discusión. ¡Que por lo menos no se den cuenta los vecinos!

Las palabrotas

La vulgaridad parece haber roto las compuertas y haber inundado todos los sectores de la sociedad. Parece que el interés de la gente ya no se puede atraer sino abusando de una terminología que causa náuseas; parece que el gusto por lo más horrible —en todos los sentidos— se ha convertido en la característica principal de nuestro tiempo. La obscenidad impera en el lenguaje, como en el cine. En las diversas clases sociales se está manifestando una preferencia por la expresión pesada y por el lenguaje sin pudor. Se diría que todos somos más convincentes cuando nuestro lenguaje está lleno de vulgaridades, de palabrotas. "Cuando se necesita, se necesita", se dice con una sonrisa imbécil de autocomplacencia.

¿En dónde se aprenden las palabrotas? Ya no hay necesidad de ir a la plaza de mercado ni al descargadero de los camiones. Las palabrotas, el lenguaje vulgar e impúdico se

aprende en el cine, en la literatura misma y hasta en el hogar.

“No hay peor vulgaridad —dice el dramaturgo sueco Strinndher— que la dicha por una persona de buena educación”. Y lo malo está en que personas de buena educación están como escasas . . .

Tal vez los medios de comunicación son los que más han contribuído al avance de este alud de vulgaridades. En efecto, cuando la mamá o el papá le llaman la atención al joven por decir una palabrota, este se defiende diciendo: “Pero si está escrito en el periódico”, “Se dice en tal o cual película”, “Está escrita en tal libro”. Con su acción continua y persistente, los medios de comunicación social están dejando una tremenda huella en la sociedad.

“Las salas cinematográficas —dice Carlos Testa— a menudo se transforman en cátedras de adiestramiento en el uso de la vulgaridad. Nos encontramos ante una especie de círculo vicioso. Se sostiene que el cine y la literatura son el espejo de los tiempos. Pero hay quien piensa lo contrario, y objeta que una cierta costumbre puede difundirse precisamente porque la propagan los medios de comunicación social”.

Una vez presencié una escena nada edificante. Una niña de menos de cuatro años dijo una palabrota que no quedaría bien ni en boca de una revendedora o de un camionero. Y que me perdonen las revendedoras y los camioneros.

¿Y saben cuál fue la reacción de los presentes, incluyendo a la mamá? Pues una solemne risotada. Les pareció el chiste más bueno del mundo, algo digno de contarles a los vecinos y conocidos. Como decir: “¡La niña ya dijo su primera grosería, alegrémonos!”. Y el resultado fue que la niña se dio cuenta de haber dicho una gracia por la cual todos estaban alegres, y siguió diciendo esa vulgaridad. Inocentemente, claro está.

El lenguaje de los niños es fruto del lenguaje de los adultos, sobre todo de los miembros de su propia familia a quienes está continuamente escuchando. De ahí que en una reunión de amistades o vecinos, si el niño sale con alguna vulgaridad, sus familiares deberían sonrojarse, porque cualquiera entiende que esas palabrotas no las oyó en la calle, sino en el hogar.

Las palabrotas se dicen, por lo general, en estado de ira; pero la vulgaridad está ganando tanto terreno que ahora ya se dice casi por costumbre. “Yo no quisiera decir esas vulgaridades —me decía una joven a quien le llamé la atención por su lenguaje— pero, ¿qué puedo hacer si en mi casa estoy oyendo continuamente a todos esas vulgaridades?”. ¡Tal vez también a ella le hicieron fiesta sus familiares cuando dijo su primera grosería!

¿Qué se puede hacer para recuperar el buen decir, el lenguaje decente y culto, tanto más teniendo en cuenta que andamos contra corriente, esto es, contra la corriente de los medios de comunicación tan cargados de vulgaridad? ¿Y tanto más cuanto el lenguaje bajo se ha apoderado hasta de las altas esferas? Porque las señoras encopetadas, de alta sociedad, no son excepción. Ni, desgraciadamente, la mujer en general. En otros tiempos las vulgaridades, las palabrotas, el lenguaje bajo, era propio de los hombres. Y de los hombres incultos. Ahora no. Las señoras (¿será fruto de la liberación femenina?) ya se han igualado en su lenguaje a los hombres más vulgares.

Le decía yo a la joven que se excusaba por su bajo lenguaje a causa de estarlo oyendo siempre en su hogar: Eres ya una persona adulta y sabes que no están bien ciertas palabrotas en boca de una mujer o de cualquier persona decente. Pues usa de esa madurez. Ya no eres una persona chiquita que repite, como loro, lo que escucha a los otros.

Sabes que no está bien hablar así. Pues no hables así. Usa tu voluntad, tu buen sentido. Verás que los demás irán siguiendo tu ejemplo.

Creo sinceramente que este es uno de los medios para ir introduciendo el buen hablar en la familia. Y, como en casi todo lo tratado aquí, es una tarea de todos. De los padres, en primer lugar, porque son los educadores de los hijos; porque los niños aprenden lo que oyen, y porque si ellos dicen palabrotas ¿con qué autoridad pueden reprender a los hijos cuando las dicen?

El buen trato

No solamente para la convivencia pacífica y amable en el hogar es necesario el buen trato. Lo es también para toda relación humana. Por ejemplo, cuando por carácter y por educación una persona trata bien a los demás, sin duda tiene éxito en cualquier tarea u oficio que emprenda o le corresponda desarrollar en la vida.

“A mi jefe lo queremos todos porque es una magnífica persona” se les oye decir a los empleados de un banco, de una fábrica, de un almacén cualquiera. Lo dicen con sinceridad, porque, en efecto, los sabe tratar bien su jefe.

Otros, en cambio, obedecen al jefe y son respetuosos porque les toca. Una palabra en su contra y corren el riesgo de quedarse sin trabajo. Pero cuando el jefe no está, le desean por lo menos un buen dolor de estómago.

Muchos de los éxitos en la vida dependen de cómo sepa uno tratar a los demás, y ese buen trato se aprende en el hogar. Los padres, por tanto, deben ser como esos buenos jefes que se ganan el cariño de sus subalternos por medio del buen trato. Pero los hijos, a su vez, deben ganarse la benevolencia de sus padres. En efecto, a veces sucede que,



¿quién sabe por qué?, los hijos pretenden decir la última palabra en el hogar; quieren ser unos dictadorcillos ante los cuales tiemblen padres y hermanos: las buenas maneras no les caben en la cabeza. El resultado es que los padres cambian de actitud y se vuelven severos. “¡Tampoco me puedo dejar de mis hijos, eso sí que no!” suelen decir. Y hay que darles la razón.

En la armonía del hogar juega un papel muy importante el buen trato de los unos para con los otros. No nos arrepentiremos nunca si a tiempo sabemos frenar nuestros instintos violentos y usamos las buenas maneras con todos. Nos iremos ganando la simpatía de todos, el respeto y la amistad. Sin ser autoritarios, ni pretender autoridad, se nos escucha con atención cuando hablamos, y se nos sigue en lo que digamos.

Si, por el contrario, somos bruscos en los modales y vulgares en el lenguaje, la gente nos desprecia y nos vuelve la espalda. Nos aíslan, o, mejor, somos nosotros los que nos buscamos ese aislamiento. Nunca estaremos bien ni en el hogar, ni en el colegio, ni en el trabajo. Seremos eternos amargados.

Un joven, al cual me referí en otro capítulo, se quejaba de que en su casa no lo querían; sostenía que, cuando él llegaba, le hacían mala cara. Se fijó esa idea. En realidad ni le hacían mala cara ni no lo querían; pero no podían saltar de alegría a su llegada, porque era de modales bruscos con todos. “Pero es que yo soy así”, se justificaba. Una excusa muy infantil. Solo los niños dan razón con un “Porque sí”, “Porque no”. A un adulto no le queda ya bien decir “Es que yo soy así”, sino más bien al darse cuenta de que “es así” y no debe ser así, debe tratar de cambiar.

El buen trato se manifiesta en todo el comportamiento de la persona, en su lenguaje sobre todo y hasta en el tono de

la voz. Hay familias en donde no hablan. Gritan. Parecen familias de sordos, y es un indicio hasta de falta de buena educación.

El autoritarismo

Es el sistema fundado en la sumisión incondicional a la autoridad, y también el abuso que hace de su autoridad la persona revestida con ella.

Cualquiera comprende los males que causa el autoritarismo. En primer lugar hace esclavos, porque la sumisión incondicional no es otra cosa que esclavitud.

Quien está, pues, revestido de autoridad, no debe pretender nunca esa sumisión **incondicional** de sus subalternos. Una persona inteligente, educada y bien preparada intelectual y moralmente, no lo hace, porque respeta a los demás. En efecto, en el trato con los demás hay que tener en cuenta por sobre todo que son personas y no objetos.

La autoridad, que viene de Dios, no puede estar cimentada en el irrespeto por las personas. Cuando una persona pretende sumisión incondicional de los subalternos, cae en el abuso de autoridad y, como consecuencia, se hace odioso. Hace odiosa la autoridad. Se le obedece a regañadientes.

Pasemos ahora al hogar. Los padres han sido revestidos de autoridad, y esa autoridad les viene de Dios. Cuando la ejercen bien, es decir, con respeto por las personas y con respeto por Dios a quien representan, son fácilmente obedecidos.

A muchos y muchas jóvenes he oído decir: "Esto no lo hago, porque no le gusta a mi papá". ¿Les había prohibido esto o aquello? No. Sencillamente sabían que tal o cual cosa disgustaba al papá. Se trataba de padres no autoritarios que ejercían la autoridad como Dios manda. Era sufi-



ciente conocer sus deseos para que los hijos los acataran. Una buena autoridad obtiene una perfecta obediencia.

Y al revés: el padre es autoritario, la personificación misma del autoritarismo. “¡Esto se hace porque lo mando yo!”. Punto y basta. Nadie puede chistar palabra, ni hacer la mínima objeción. Si el más valiente de los hijos se atreve a balbucir una tímida observación, él no oye por ese oído. Ni por el otro. Y como no oye, como todo buen sordo, grita: “¡El que manda manda, aunque mande mal!”. En otras palabras, a él no le importa estar en la verdad o en el error. Eso lo tiene sin cuidado. Lo que le importa es ser obedecido. Al pie de la letra, por todos e inmediatamente.

Las consecuencias del autoritarismo de los padres son funestas. Y son muchas, pero me limito a las principales: se hace odiosa la autoridad y difícil la obediencia; se infunde temor, que es uno de los enemigos del verdadero amor, como quedó dicho; hace perder la confianza y obstaculiza el diálogo, que es tan importante en la armonía y buen entendimiento entre padres e hijos.

Los padres que sufren de autoritarismo deben reflexionar mucho sobre todos estos puntos, si desean la paz en el hogar y la buena formación de sus hijos.

Pero los hijos también tienen que reflexionar. No sirve de nada decir que el papá es autoritario y que con él no se puede ni hablar. Hay que comprenderlo y tomar una actitud que favorezca el ambiente y que le ayude a él al cambio que necesita.

¿Por qué comprenderlo? Porque la mayoría de los padres son autoritarios debido a que tuvieron padres autoritarios, y si no colaboramos, pues entonces sigue la cadena, el círculo vicioso. Entonces hay que hacer algo para romper esta cadena de autoritarismo.

Me parece que la mejor manera es el silencio. Cuando el padre o la madre creen que los hijos no tienen el mínimo derecho de expresar su opinión, y que solo ellos tienen toda la razón y, por tanto, padecen de autoritarismo, lo mejor es callar. Y obedecer. Llegará el momento propicio para expresar el propio parecer y para hacerles caer en cuenta de que tal o tal cosa era mejor así o así por estos y aquellos motivos. Y todo de buen modo, con tino. **Los hijos no deben montar cátedra ante los padres ni pretender corregirles sus errores, como si los padres fueran niños pequeños.** De ese modo no se consigue sino la formación de dos bandos, uno a la defensiva y el otro al ataque. Lo único que se obtiene en tales casos es que salga a relucir de nuevo la autoridad que exige sumisión incondicional. Y estamos entonces en el punto de partida.

Antes de seguir adelante me parece sumamente importante añadir algo que tiene relación con el autoritarismo, aunque no lo sea. Es el caso de la mamá gritona, o del papá. Tal vez no sean autoritarios, pero sí muy gritones. Esto tiene máxima importancia sobre todo en el trato con los niños más pequeños. Y los padres cometen muchos errores sin darse cuenta. Creen que están educando, cuando les basta una mirada o una palabra para que de inmediato el niño obedezca. Y se sienten satisfechos, contentos con la formación que están dando.

Pero, no están educando. Lo único que han logrado es amedrentar a los hijos. Los pobrecitos tiemblan cuando llega el papá o la mamá, y crecen con ese temor hasta una cierta edad. Después, de adultos, ya no tienen miedo, pero recuerdan "el tiempo del miedo" como uno de los períodos más ingratos de la vida. "Cuando mi mamá me gritaba, y gritaba siempre, yo temblaba de pies a cabeza, y pensaba que me iba a matar. Así como le digo: ¡creía que

me iba a matar!" me decía una joven, no muy joven porque había pasado ya los 35 años. Pero todavía conservaba ese triste recuerdo de una infancia llena de miedo a la mamá.

Esas son las consecuencias de ciertos gritos y ciertas palabrotas dichas en estado de ira a los niños. A ellos hay que comprenderlos y soportarlos: porque son niños.

Mi hija espera un hijo

Son muchos los problemas que le pueden quitar la paz a un hogar. Uno de los más graves es el causado por el embarazo de una joven soltera. Si no ha habido comprensión y amor entre todos, el problema se puede convertir en tragedia. La hija es expulsada del hogar, sin compasión. "¡Que corra la suerte que se buscó!" exclama el padre furibundo. La echan de casa, no la consideran más hija, ni hermana. ¡Ha sido el deshonor de la familia!

O puede suceder que la hija, sintiéndose culpable y sabiendo lo que le espera, por su propia cuenta y riesgo coja la calle. A veces encuentra familias amigas que le ofrecen techo y asistencia; otras veces encuentra ayuda en los institutos especializados en atender madres solteras; a menudo les toca ponerse a pedir limosna, y cuando son víctimas de la desesperación, se suicidan.

No pretendo defender una falta, pero sí hemos de tener en cuenta que en estos casos, como en todos, debemos censurar y condenar el pecado, pero salvar al pecador. Nadie está exento de cometer una falta, y para evitar consecuencias aún más desastrosas es necesario rodear de comprensión a las personas que han faltado.

La actitud más generalizada por parte de los padres y de los hermanos es la de condenar a la persona al exilio, y en los hogares en donde no ha reinado el amor sino la



incomprensión y la brutalidad se la muele a palos. Todos fijan la mirada acusadora contra la culpable, y nadie tiene la valentía de examinarse a sí mismo y reconocer su grado de culpa.

En efecto, estas faltas suceden a menudo cuando en el hogar no ha habido entendimiento, afecto, comprensión, amistad. Es fácil caer cuando uno se encuentra solo. Y hay hogares en donde los hijos viven como aislados con sus propios problemas. La incomprensión de los padres, la rigidez, el autoritarismo, la falta de confianza, alejan a las personas y las pueden llevar a cometer un error. Cuando entre hermanos no hay amor, sino envidias y peleas, también es fácil caer en el engaño de personas irresponsables.

Entonces, antes de condenar, todos debemos pensar y aceptar nuestra parte de culpabilidad; y el que esté sin pecado puede lanzar la primera piedra. ¡Antes no!

No siempre se comete la falta por carencia de amor y de comprensión en el hogar. Conozco hogares casi modelos en los que han sucedido estos casos dolorosos. La culpa, entonces, no está en la falta de armonía, de amor, confianza y amistad hogareñas, sino en la fragilidad humana. Pero, precisamente, en tales hogares es en donde la persona que ha caído encuentra comprensión, y el problema se soluciona sin escándalos ni castigos, sino con amor.

Alguien puede pensar que si se obra así, todos se convierten en alcahuetes de la hija o de la hermana y que ella, al verse rodeada de comprensión, sin castigo alguno, entonces sigue por el camino emprendido, sin respeto por el hogar y sin vergüenza alguna. No es cierto. Uno no piensa al cometer la falta; pero cuando la comete, reconoce su error, agradece la ayuda que se le brinda y por nada del mundo volvería a cometerla.

Marco Fidel Suárez que fue un gran estadista, un filólogo de lo mejor y hasta un santo, era hijo natural; San Martín de Porres también fue hijo natural; y Santa Magdalena fue una pecadora pública. También fueron grandes pecadores San Agustín, David y hasta San Pedro. Todos somos pecadores, pero a pesar de todo nos podemos convertir en grandes santos, si en nuestro extravío encontramos la comprensión y la ayuda de otros.

El arte de despellejar al prójimo

Salvo rarísimas excepciones, todos somos unos verdaderos artistas cuando de criticar a los demás se trata. Es un mal muy común y al que poco se le da importancia. Se ha convertido en una costumbre, un hábito, al que juzgamos inocente. Pero de inocente no tiene nada. Al contrario, es muy perjudicial. ¡Y se aprende en el hogar!

Desde muy pequeños, los hijos oyen a sus padres hablar de los vecinos, de los amigos y colegas de trabajo. Y siempre de lo malo. Nunca, por lo general, se habla de lo bueno que hay en los demás, sino que la charla va dirigida a lo negativo. Y hasta sirve de broma el hábito de la murmuración. Están, por ejemplo, hablando varias personas, cuando llega otra y dice: “¿En qué familia van?”, porque, en efecto, a veces se coge familia por familia hasta descuerarlos a todos. Los despellejamos con arte, como se despelleja un conejo.

A la murmuración se le concede tan poca importancia que ya es común que se haga con parientes y conocidos. Todos ríen, hacen broma a costillas del prójimo. ¿Pero qué sucede? Que los amigos que participan en la crítica, se tienen que decir para sí mismos: “¡Cuántas cosas no dirán de mí cuando estoy ausente!”. Se siembra, pues, la desconfian-



za. En efecto, ¿cómo puede uno confiarse de quien critica a los demás? ¿No hará lo mismo contra nosotros?

De la murmuración contra los vecinos, parientes y conocidos, se pasa a la murmuración contra los hermanos. Claro que de los ausentes. Una vez me encontraba en una familia en donde desplumaron al hermano ausente: tan egoísta, ambicioso, nada hermanable, iracundo, exigente e insoponible. No le dejaron hueso sano.

Coincidentalmente llegó poco después. Nadie le dijo el mínimo cargo, todos lo recibieron muy amablemente. Parecía una familia modelo, pero en el fondo no había sino hipocresía, falta de educación y de caridad. Una escuela en donde se aprendía el arte de despellejar al otro.

Un buen trabajo en el hogar, formativo hasta donde más, es el de ir introduciendo la costumbre de no hablar nunca mal de los demás. Fijarnos siempre solo en lo bueno que cada uno tiene, porque por malo que uno sea, siempre tiene algo de bueno. Y acostumbrar a los hijos a hablar solo de lo bueno: es también una de las mejores herencias que los padres les pueden dejar.

A nadie le gusta que hablen mal de él; pues así como no debemos hacerles a los demás lo que no queremos que nos hagan a nosotros, así tampoco debemos hablar mal, si no queremos que hablen mal de nosotros.

¿Qué obtenemos con la murmuración? ¡Nada! Porque sacando a relucir los defectos de los demás, ellos nunca los podrán corregir, porque ni los conocen. Además, es fácil caer en el pecado de la difamación, y una vez echada la pluma a volar no sabemos a dónde vaya a parar. Uno no se da cuenta a veces de la repercusión que tienen nuestras palabras en contra de nuestro prójimo. Se habla sin pensar y es muy difícil reparar esta clase de faltas.

Insisto en un punto muy importante: la murmuración engendra la desconfianza, y esta es muy perjudicial para el buen ambiente familiar. Y, además, tenemos que aceptar, querámoslo o no, que somos hipócritas. Y muy creídos, también. De hecho, si criticamos a los demás, es porque nos creemos perfectos, personas intachables, porque miramos más a la paja que el otro tiene en el ojo que a la viga que tenemos en el nuestro.

No pensamos en lo que decimos, no reflexionamos sobre las consecuencias. Ni nos damos cuenta que con la misma lengua con la que alabamos a Dios, en el templo, despedimos al prójimo en el hogar. Ni nos damos cuenta, tampoco, que nosotros mismos nos estamos desprestigiando ante los demás, pues quien nos oye criticar, se queda con una mala idea de nuestra persona.

“¡No hablen mal de los suyos!” —dicen los doctores Lieberman y Jinich—. El que habla mal de los suyos (padres, hijos, hermanos, esposos, etc.), es como el que echa tierra en el pozo de donde él toma agua. ¡No hablar de ellos, ni a ellos! Porque hasta para criticar y educar, es preferible alabar antes que reprochar. El hombre hará más para seguir mereciendo alabanzas, que por miedo o reproches y castigos. Nobleza obliga. No hablar mal ni de los suyos ni a los suyos, incluye a sí mismo. El también es muy suyo. Y para no hablar mal, no hay que pensar mal. Pensar es hablar sin voz. Es hablar consigo mismo. Es un hablar discreto. El que piensa mal y no habla mal porque se frena o disimula, no lo logra. Se le reconoce. Se le escapa a veces. El odio comienza adentro, en el sentir y en el pensar interior o posterior al sentimiento. En el sentir no mandamos. Pero en el pensar sí. Este ensayo es: pensamientos que han de evocar pensamientos en otros.

“Los sentimientos no van de cabeza en cabeza. Los pensamientos sí. En la familia tiene que componer la paz no el que la rompe, o el que debe hacerlo, sino el que puede hacerlo, aunque él no lo deba, aunque él sea el agredido, el ofendido o la víctima. Porque, por regla general, el que rompe la armonía no puede componerla. No lo sabe, no lo entiende, no concibe que él fue el torpe, no es humilde, no es íntegro. El que daña relojes, generalmente no es relojero componedor. Por eso aconsejamos que componga el que puede y no el que debe. Si el que debe pedir perdón pudiera hacerlo, no cometería faltas tan frecuentemente”.

Nunca el desprecio

Dije anteriormente que la vida está entretejida de muchas cosas pequeñas, insignificantes, pero que pueden constituir la felicidad del hogar, como también la desarmonía. Por eso, si queremos (¿y quién no lo quiere?) que nuestro hogar sea un oasis de paz, como vamos a ver, hemos de darle mucha importancia a las cosas pequeñas.

Se quejaba un padre de familia a causa de la indiferencia de sus hijos, porque después de haberles dado una buena suma de dinero, no habían tenido el detalle de ofrecerle a él ni siquiera una tontería en señal de gratitud.

En verdad no se les había pasado por la cabeza, pero no por ingratitud o indiferencia, sino porque cuando a él le regalaban alguna cosa, ni siquiera se tomaba el trabajo de abrir el paquete. Los hijos decían que no les gustaba hacerle regalos al papá, porque nunca los agradecía: “Le regalamos algo y ni abre el paquete. Y siempre recibe con desgano, con desprecio”. Así se justificaban.

No había desprecio, sino falta de buena educación. Pero ellos lo tomaban por desprecio. Así pues, como quedó dicho

respecto del amor que no basta solo tenerlo sino también demostrarlo, en el aprecio sucede lo mismo: no solo hay que tenerlo, sino también demostrarlo.

Cuando se recibe un regalo, por sencillo y humilde que sea, es de buena educación abrir el paquetico inmediatamente y demostrar aprecio y gusto por él, aunque nos sea de poco uso. De otro modo, la persona que ofrece queda un poco cortada, precisamente porque le han despreciado su regalito, dado con gusto y quién sabe con cuánto sacrificio.

En una fiesta del maestro, un alumno del primer curso de una escuela de barrio periférico, le llevó de regalo a la profesora la radiografía de los pulmones de su papá. El obsequio movía a risa, pero la profesora lo recibió con cariño y se lo agradeció. Debe ser así. Si ella se hubiera reído por lo inútil y estúpido que era regalar una radiografía, el niño hubiera quedado ofendido por el desprecio; y tal vez no volvería a regalar nada a nadie durante toda su vida.

No hay que despreciar a nadie jamás, ni tampoco demostrar desprecio: no solo porque la persona despreciada no vuelve a ofrecer nunca nada, sino por lo que sufre. Sobre todo cuando se trata de niños, porque ellos quedan con esa herida, de la cual puede nacer un complejo.

En el hogar, el desprecio tiene sus consecuencias, porque se les cierran las puertas a los detalles, tan importantes para fomentar el amor y la amistad entre todos los miembros del hogar.

“¿Y esto para qué me sirve?” fueron las palabras de agradecimiento de un hijo al recibir el regalo del padre. Fue el último regalo, naturalmente. Después se limitó a darle lo que tenía que darle por obligación. Y hasta sin gusto. Una cierta barrera se levantó entre padre e hijo.

CAPITULO VII

El hogar, oasis de paz

La vida, sobre todo hoy en día, se ha vuelto muy complicada, principalmente en las ciudades, pero también en los campos. La vida sosegada parece haberse acabado. Todos vivimos bajo la tensión del trabajo o del estudio, o bajo la tensión de la falta de trabajo y la falta de estudio. Los problemas abundan en la vida humana, en todos los campos: nos hemos vuelto muy problemáticos, o nos han vuelto problemáticos. Es la realidad.

El agricultor a quien podríamos considerar como el más afortunado en este mundo caótico, porque goza de la paz del campo, puede ser víctima de la tensión nerviosa porque el intenso verano seca los pastos y las cosechas, los animales se enferman y el sustento de la familia se ve gravemente amenazado. Y si no es el verano, entonces es el invierno la causa de los problemas y tensiones. O son las deudas, los disgustos con los vecinos, el mismo cansancio físico. Son muchas las causas que lo hacen regresar al hogar nervioso, desconsolado, tensionado.

En la ciudad los problemas son mayores: disgustos con los colegas de trabajo, envidias, sueldo insuficiente o suel-

do retardado; desempleo, huelgas a las que obligan al trabajador la necesidad o las centrales obreras, pero que perjudican su salario.

Los estudiantes tienen también sus problemas: el escaso rendimiento en los estudios a pesar de haber estudiado con juicio; los disgustos con los profesores o compañeros; una materia que no les entra ni con inyección y que les hace temer la pérdida del año o del semestre; el recargo de tareas; la falta de libros por no tener en casa el dinero suficiente, y miles de otras causas que lo ponen a uno con los nervios de punta.

Y así es fácil que todo el mundo llegue al hogar cargado de tensiones y de problemas. Es algo que sucede casi todos los días.

El hogar, entonces, debe convertirse en una especie de oasis de paz en donde se descargan todas las tensiones y todos los problemas que se nos han venido encima durante el día. Pero debemos estar atentos a no convertir el hogar en un pequeño infierno, precisamente a causa del descargue de todas las tensiones. Si todos colaboramos, todos saldremos ganando y haremos del hogar ese oasis en donde recuperamos las energías perdidas y recobramos ánimo.

Veamos cómo. Como regla general, hay que comprender a los demás. Sin este requisito, el hogar no será nunca un oasis de paz sino un campo de batalla, de donde todos saldrán derrotados.

Si cada uno, en cambio, pone de su parte un poquito de buena voluntad y de comprensión, la victoria es de todos. Ya sabemos que casi todos, al regresar al hogar, pueden llegar cargados de tensiones; entonces no hay que aumentarlas, sino tratar de hacerlas desaparecer.

Por ejemplo, llega fulanita del colegio o de la universidad echando rayos y centellas, porque después de haber estudiado sin ahorrar esfuerzos le dieron una nota tan baja que el semestre peligra. No está, pues, como para sonreír.

Llega a su casa y a nadie le interesa cómo le haya ido. Ni siquiera le preguntan cómo le fue. No se le da oportunidad de desahogarse. ¿Qué sucede? Que la tensión aumenta, se siente sola aunque rodeada de muchas personas. Y en tal situación ella, a su vez, no está ni para aceptar chistes, ni órdenes, ni consejos. Por cualquier tontería puede estallar la guerra. Y todos sufren, todos se amargan.

Esto no sucede en un hogar en donde todos se han acostumbrado al diálogo y a la comprensión. Siguiendo el ejemplo de la joven que llega fracasada, si ella encuentra en sus familiares comprensión, en pocos minutos recobra la calma y el entusiasmo. Hubo un fracaso, pero la rodean personas que le son solidarias. Esto le levanta el ánimo.

Hay que recibir a las personas de buen grado, con cariño. Y dejar hablar, permitir el desahogo. Después sí está el campo listo para una buena palabra de consuelo, de ánimo, de comprensión, de solidaridad. Después sí habrá tiempo para decir también lo nuestro, nuestras penas o alegrías, pues todo sirve.

Llega, por ejemplo, el padre de su trabajo, cansado, desilusionado y hasta furibundo por ciertas injusticias que le han hecho. Su ánimo está como para destruir el mundo si estuviera en sus manos. Pero en su hogar es recibido con cariño, con alegría por todos. Queda desarmado, habla, cuenta lo ocurrido, se lo escucha con atención e interés, ve a su alrededor personas que le son solidarias, amigas. Su ánimo se levanta de inmediato. "Me fue mal, pero ya me irá bien", se dice para sus adentros. "¡Y tengo algo maravi-



lloso en mi vida: mi hogar! ¡No lo cambio por nada del mundo!”.

Cuando la esposa y madre ha permanecido en casa bre- gando con los hijos pequeños, con la persona de servicio si la tiene, con el arreglo de casa y tantos quehaceres que fatigan, puede tensionarse igual que el esposo en su trabajo, y los hijos en los estudios. Y su tensión crecerá si cuando todos regresan le echan encima todos sus problemas. “¡Oja- lá no regresara nadie!” se dice en su desesperación. ¿Por qué? Por la incomprensión del marido y de los hijos.

Pero si todos tenemos siempre presente que nadie está exento de problemas y de tensiones y que necesita de nues- tra comprensión, entonces el esposo y los hijos notan de inmediato que a “ella” le pasa algo. Entonces cada uno olvida sus propias penas para suavizar las de la esposa y madre. Ya habrá tiempo después para expresar nuestras propias cuitas. De ese modo se le levanta a ella el ánimo, recobra la paz y la tranquilidad, se siente feliz de que todos estén reunidos, y está, a su vez, dispuesta a escuchar a los demás. Y a comprenderlos.

Una cosa se debe tener en cuenta, muy importante: su- cede que a veces estamos dispuestos a escuchar y a com- prender a los demás, pero queremos que primero se nos escuche y se nos comprenda. Por ahí no es la cosa, como se dice. Nuestra madurez psicológica debe llevarnos a estar siempre dispuestos primero a escuchar y a ayudar a los demás: ya habrá tiempo para nosotros. Si no hacemos así, no habrá tiempo para nadie, y en vez de desahogarnos, nos ahogaremos en más tensiones y problemas. Y sin duda, to- dos queremos que nuestro hogar sea un verdadero oasis de paz, en donde se recupera la tranquilidad y la paz. Pues bien; de nosotros depende que lo sea.



La sobremesa

La familia de hoy, sobre todo la que vive en la ciudad y goza (o sufre también) de la televisión casi nunca se encuentra toda reunida. Ni siquiera los días de fiesta. Muchos hogares se parecen más a un hotel adonde se llega, se come, se duerme, sin nadie conocerse ni platicar con los demás huéspedes.

Los que trabajan salen temprano a su trabajo, después de un rápido desayuno; igual les sucede a los hijos que van a sus estudios de colegio o de universidad. No hay, pues, desayuno en común, sino individual y casi siempre a toda prisa.

El almuerzo tampoco tiene horario. Con el sistema de "jornada continua" al trabajador no le queda otro remedio que almorzar por fuera, y a los estudiantes cuando van llegando, todos a distintas horas. No hay, pues, encuentro de toda la familia.

La hora de comida es la única que queda para este encuentro, si es que no hay hijos que frecuenten los estudios nocturnos. Pero supongamos el mejor de los casos: por la noche todos están en casa.

Se ha perdido tanto el sentido comunitario, la costumbre de estar juntos, que ni estando todos en casa se sientan a la mesa a la misma hora. Quién come primero, porque tiene que ir a estudiar o porque tiene hambre; quién prefiere comer después porque está viendo la telenovela o el telenoticiero o el programa tal y tal.

A veces se logra que todos estén juntos a la mesa; pero uno por uno, a medida que van terminando, se van levantando para ir a sus propios quehaceres o a ver la televisión. No le dan tiempo a la sobremesa.

La televisión, que es un medio de comunicación, paradójicamente divide o aísla a los miembros de la familia y televidentes en general. ¿Hay comunicación entre los que siguen con atención determinado programa? De ningún modo. Tan es así que si alguien habla, todos lo interrumpen con un ¡chisst!, es decir, le imponen silencio porque los distrae, les hace perder el hilo de la telenovela o la narración del locutor.

Y después . . . todos a la cama, porque hay que madrugar.

La sobremesa es el tiempo que se está a la mesa después de haber comido y es el tiempo más precioso para el encuentro familiar.

En efecto, esa charla informal entre todos los miembros de la familia después de comida es muy propicio para el diálogo, para el buen entendimiento y para olvidar los problemas del día. Es el mejor momento para descargar las tensiones, porque precisamente hay que hablar de todo, menos de problemas. Es el momento para "echar chistes", narrar anécdotas, sucesos alegres que le hayan sucedido al uno o al otro durante el día o en cualquier época de la vida, porque no todo en la vida es triste, ni oscuro.

La sobremesa puede convertirse en el momento más feliz para que el hogar sea un oasis de paz. Pero, también es cierto, que puede servir para lo contrario, si no sabemos dialogar, ni hablar amigablemente; si no apreciamos el valor de esos momentos de sobremesa. Por eso hay que evitar los temas que dividen; esos hay que dejarlos para otras ocasiones, porque, de lo contrario, si la sobremesa se convierte en pelea, se pierde no solo la paz, sino también el fruto de los alimentos. Las peleas, durante o después de las comidas, indigestan el cuerpo y el espíritu.

En cambio, si a la comida siguen risas, buen ambiente, todo eso sirve hasta para la salud física. La comida alimenta más.

Hay, pues, que hablar de lo que nos une, nunca de lo que nos pueda dividir. Esta es una regla de oro para el buen entendimiento y la armonía familiar. En todo momento, pero sobre todo en la sobremesa y durante las comidas.

Dos cosas hay que tener en cuenta al respecto: primero, respetar ese tiempo dedicado a la charla en familia; tratar de permanecer a la mesa después de haber cenado; considerar ese tiempo como muy precioso. Segundo, no sacar temas que dividan o que pongan en tensión los ánimos, o que puedan causar disgustos a cualquiera de los presentes. Hablar sólo de cosas agradables, aunque no tengan de por sí ninguna importancia.

Entre otras cosas, no es de buena educación levantarse uno de la mesa antes que los demás. Si es necesario, entonces se presentan excusas a los demás por no poderlos seguir acompañando.

Quejas y castigos

Para que el hogar se convierta en un oasis de paz para todos los miembros de la familia, hay que evitar muchas cosas y practicar otras. Las quejas, por ejemplo, son lo más perjudicial para el buen entendimiento.

Son muy propias de niños muy pequeños, y es precisamente la época de educación y formación. No debemos olvidar que el hogar es la primera escuela del niño y que los padres son los primeros e insustituibles educadores de los hijos.

Cuando un niño corre donde la mamá o el papá a dar quejas del hermanito, los padres le deben llamar la aten-



ción y enseñarle que no está bien estar dando quejas. Y así una vez y otra vez. Cuando se obra así, el niño se desanima a estar dando quejas y aprende la lección. De adulto, ya no caerá en este vicio, porque de vicio se trata. En efecto, se encuentran adultos que por no haber sido corregidos a tiempo, se la pasan dando quejas como si fueran niños chiquiticos.

¿Quién no ha presenciado casos en los cuales el niño da quejas a la mamá, y esta se levanta, va de inmediato a reprender al acusado, sin darle tiempo siquiera para justificarse o para explicar lo sucedido? Es fácil que, entonces, nazca en el corazón del reprendido una cierta animadversión contra su hermano acusador, tanto más si la queja ha sido injusta.

Lo mejor en tales casos es darle al acusador una buena lección de amor y comprensión fraternos: decirle que en vez de estar acusando a su hermano, hay que perdonarlo, porque todos podemos cometer errores. Será una buena ocasión para enseñar el perdón de las ofensas.

Después se le pregunta al acusado cómo sucedió el problema; si fue cierto que pasó tal y tal cosa, y enseñarle a ser bueno con sus hermanos. Si es necesario, se recurre al castigo, con amor, nunca con ira. ¡Recuérdese bien esto!

Hay que castigar. “El que ama a su hijo, tiene siempre dispuesto el azote, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo se gozará en él y podrá gloriarse en medio de sus conocidos... El que mimó a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas. Caballo no domado se hace indócil, y el hijo abandonado a sí mismo, testarudo... En su juventud no le des largas y no disimules sus faltas”. Así nos enseña sabiamente la Biblia.

Los castigos son necesarios en la buena educación. Pero hay que saberlos aplicar a tiempo oportuno y con justicia, con amor.

La regla fundamental para la aplicación del castigo es la siguiente: Nunca castigar en momento de ira. Cuando esto sucede, y desgraciadamente sucede a menudo, se puede incurrir en dos faltas: extralimitarse en el castigo, o sea, se comete una injusticia, porque el castigo debe corresponder siempre al grado de culpa que se haya cometido. Y, en segundo lugar, porque el castigado recibe el castigo como una venganza por parte del educador.

Hay que castigar con amor. Ojalá haciendo ver al culpable que a uno le duele tremendamente tener que castigarlo, pero que lo hace por su bien. Con amor y por amor. "Yo no me sublevaría —dice G. Clausen— cuando los padres son de opinión de que las travesuras, las maldades y las groserías tienen que castigarse severamente, aunque me consta que se sale ganando si a los niños se les hace comprender su falta y se los ama con sus defectos. Pero seré un defensor implacable de los pequeños, cuando les pegan por una incapacidad que no pueden remediar, bajo la cual más bien sufren desesperadamente, y por añadidura es imputable a las personas mayores. . . De todos modos, muchos padres sienten desagrado cuando cogen el palo o la correa. Su sano instinto les dice que eso no está bien y es perjudicial. Tienen remordimientos de conciencia frente a sus hijos y caen en el otro extremo. Los niños se malcrian y se miman. Los padres les permiten todo y les dan sencillamente rienda suelta. Alguna vez se intenta dominarlos, pero luego vuelve a hacerse exactamente lo contrario. La educación se convierte en un campo de experimentación, contradiciéndose entonces casi continuamente el padre y la madre. El resultado es la inseguridad y la vo-



lubilidad; recelo y miedo. A estos padres les falta un punto de apoyo firme... El castigo solo deberá propinarse cuando tiene un sentido... Un castigo es oportuno sobre todo allí donde es necesario un escarmiento extraordinario, pero siempre cuando el niño con su acción pone seriamente en peligro a los demás o a sí mismo”.

“Si opino que la educación sin castigo no es natural —sigue diciendo—, no es porque quiera reservar a los padres como superiores y más fuertes el derecho a usar de él. ¡Todo lo contrario! Aunque parezca paradójico, los niños tienen también un derecho a él, porque satisface su necesidad natural de corrección. Si los niños han reconocido su falta, desean que todo quede arreglado, y luego se sienten mejor. Tanto mejor —así creo yo—, cuanto más seguros estén del amor de los padres que aplicaron la corrección”.

Las formas de castigo varían según la falta y según la persona: el castigo a un niño de cuatro años no sirve para un joven de dieciocho, por ejemplo. Pero sí hay que tener en cuenta otra regla fundamental para los castigos en general: sin espectadores. “Las humillaciones —sostienen los psicólogos— de cualquier tipo son inhumanas, y las puestas en ridículo se oponen a la dignidad humana”. En resumen: hay que castigar, cuando se hace necesario; nunca en momento de ira y siempre con amor, y sin espectadores.

¿Por qué he hablado de los castigos en este capítulo del hogar como oasis de paz? Porque si a los niños, sobre todo en sus primeros años de vida, se los castiga injustamente y se los acostumbra a obedecer por temor, crecen así. Se quedan así. Y personas resentidas, temerosas y amargadas, no son las más aptas para formar ambiente de paz y serenidad. Tiene, pues, mucha importancia la educación primera, si queremos que en el hogar se viva en paz.

Hay mamás muy buenas, pero que por su temperamento hacen temblar a sus pequeños hijos de dos, tres, cuatro y más años. No se los educa así, sino que se los deforma. Dan la apariencia de no amarlos aunque sí los amen. Y el niño crece con esa idea: **no me quieren**. Los niños se dan perfecta cuenta cuando los quieren, y por eso la madre debe ser siempre amable, amorosa con ellos.

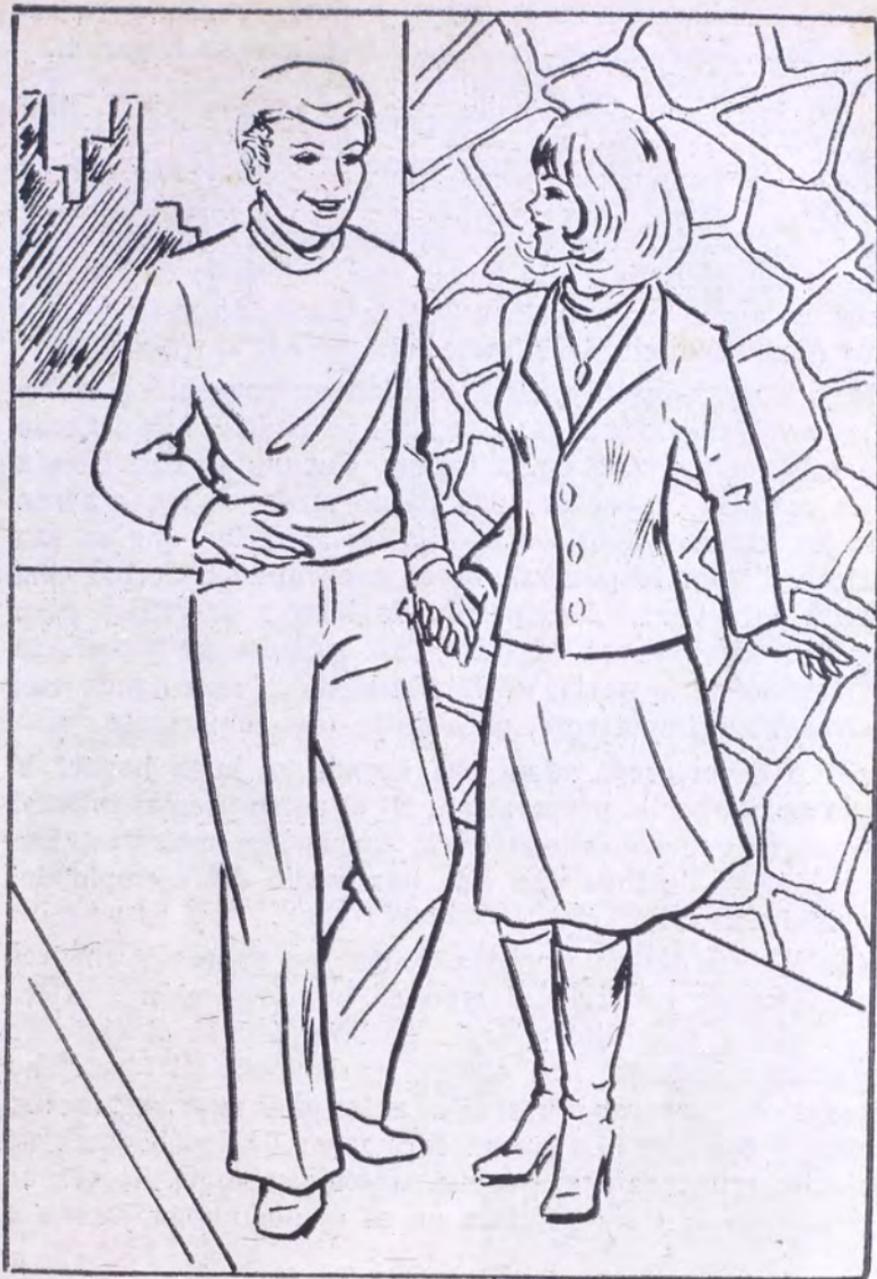
Preparar futuros hogares

En las escuelas y universidades se preparan los futuros profesionales, los jefes políticos y los gobernantes del país. Su buena o mala conducta en el ejercicio de su profesión depende de la buena o deficiente preparación recibida.

Los hogares son esas escuelas y esos colegios y universidades en donde se preparan los futuros hogares: de un buen hogar saldrán buenos hogares, y de hogares deficientes resultarán hogares deficientes.

Y como los hogares los forman, en principio, dos personas provenientes de distintas familias, es indispensable que de uno y otro hogar salgan bien preparadas esas dos personas. En efecto, si solamente hay buena preparación de una parte, mientras que de la otra no, es casi seguro el fracaso, porque el hogar nunca será feliz si una persona tiene que sufrir las consecuencias de la falta de formación de la otra.

Conozco casos así. El esposo es una persona de sanos principios, responsable a toda prueba y lleno de amor. Pero la esposa que venía de un hogar en donde no había ni Dios ni ley, no era más que una niña inmadura. Los años no le habían servido para nada. Y el matrimonio se desbarató muy pronto.



Otros matrimonios se sostienen a duras penas, pero soportándose. La resignación no hace feliz ningún hogar. Hay esposas y madres que son unas verdaderas mártires; por tanto, viven sufriendo, y si una persona sufre, sufren todas.

Si, en cambio, tanto el uno como la otra, provienen de hogares en donde se vivía en el amor, la comprensión, la paz y la armonía, ellos formarán su nuevo hogar con estas mismas características. Su hogar será el espejo de sus hogares paternos, y la cadena se irá haciendo más y más grande en beneficio de la sociedad.

Muy a menudo los padres olvidan que sus niños crecerán, se volverán adultos, se casarán y tendrán hijos. Como que esto no les cabe en la cabeza. Cuando se dan cuenta de la realidad, puede ser demasiado tarde. A veces abren los ojos, cuando el hijo o la hija les anuncian que se van a casar. Y, por lo general, no se preocupan de echar una mirada para ver si han preparado bien a sus hijos para este paso decisivo en la vida. Casi siempre se preocupan del vestido de la novia, de la fiesta, de la casa donde van a vivir. Todo importante, pero no lo más importante.

¿Pero están preparados para formar un buen hogar? Y ya no es tiempo de preparación. Ni el curso prematrimonial arregla lo que ha faltado en la formación auténtica. Esa formación es de toda una vida por medio del ejemplo del propio hogar.

Ojalá estas líneas sirvan a todos los padres y madres para hacerlos pensar a tiempo en esa formación que les deben dar a sus hijos y de la cual dependerá el éxito de los nuevos hogares. Los cuales, no hay que olvidarlo, no se pueden preparar unos días antes del matrimonio con piadosos consejos. La buena formación de los hogares de los hijos comienza desde cuando estos son niños. Lo que se aprende en la edad primera no se olvida nunca, bueno o



malo. Las curvas de los árboles no se arreglan jamás, ni jamás se arreglan los resabios aprendidos durante la niñez. Tan es así que muchas veces se oyen frases como estas: "Tengo miedo de casarme, no sea que me salga un marido como mi padre". Hay quien dice: "No quiero ser como mi padre".

Qué hermoso, en cambio, cuando el nuevo hogar cimentado en el amor y la comprensión, en el respeto mutuo y en la paz, por el ejemplo del hogar paterno, todos pueden decir como cantaba Gabriel y Galán:

"Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise ser yo como mi padre era,
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra,
y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!"

El ejemplo de un hogar amable, pacífico, sereno, lleno de honradez y de mutua comprensión, será la mejor herencia para los hijos, la mejor manera de formar nuevos hogares que sean verdaderos nidos de amor.

Quiero terminar con las tres cosas más agradables a los ojos de Dios y de los hombres, como nos dice el Eclesiastés: "La concordia entre hermanos, la amistad entre los prójimos y la armonía entre mujer y marido".

NUEVA BIBLIOTECA POPULAR DE
EDITORA DOSMIL

TITULOS EN CIRCULACION

1. No nos volvamos locos (Higiene mental)
2. Juguemos ajedrez
3. Nosotros somos así (Biología humana)
4. Relaciones humanas
5. Comamos y bebamos bien

BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO - B DE LA R



2 9004 02415898 1

Orientación familiar

